

José Luis Cifuentes Honrubia

## ***Un huevo: subjetivación, cuantificación y negación***

<https://doi.org/10.1515/zrp-2019-0041>

**Abstract:** This paper deals with two types of quantitative constructions in which *un huevo* occurs: (a) In certain contexts, it functions as a quantifier noun —that is, an inherently relational noun quantifying a nominal phrase in pseudo-partitive constructions: *el libro tiene un huevo de páginas* [‘the book has a hell of a lot of pages’]. The value of *un huevo* as a quantifier is evaluative, and the quantitative assessment is based on pragmatically or contextually established criteria. (b) In other contexts, the construction *un huevo* can be considered an example of *minimizer*, and more specifically, a *vulgar or taboo minimizer*. The minimizers are scalar elements which seems potentially sensitive to negative polarity, and become quantifiers after a grammaticalization process: under the scope of the negation, they can be reanalyzed as negative emphatic markers (*no le importo a nadie un huevo* [‘Nobody gives a toss about me’]). From the examples provided by the corpora of the RAE, the functional characteristics of the two constructions will be analyzed, and their origins will be explained. More generally, it will be shown that these two types of constructions constitute two examples of subjectification, a process by which the pragmatic meaning can become grammaticalized and become a conventional construction.

**Keywords:** subjectification, quantification, negation, minimizer, Jespersen’s cycle

**Palabras clave:** subjetivación, cuantificación, negación, minimizador, ciclo de Jespersen

---

**Promovido por:** El presente trabajo se inscribe dentro del proyecto de investigación FFI2017-85441-R, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España.

---

**Dirección de correspondencia:** Prof. Dr. José Luis Cifuentes Honrubia, Universidad d’Alicante, Departamento de Filología Española, Lingüística General y Teoría de la Literatura, Carretera de San Vicente del Raspeig s/n, E-03080 San Vicente del Raspeig, E-Mail: [cifu@ua.es](mailto:cifu@ua.es)

## 1 Introducción

El objetivo de este trabajo consiste en analizar la construcción *un huevo* que, en determinados contextos, puede ser entendida como un tipo de elemento cuantificador con el significado de ‘en gran cantidad’, propio, según los repertorios lexicográficos, de textos coloquiales. Sin embargo, en determinados esquemas sintácticos, también coloquiales, el significado de la construcción será equivalente a ‘nada’, lo que conduce a la paradójica coexistencia de dos significados contrarios para la misma construcción. Nuestro análisis describirá el funcionamiento de *un huevo* como cuantificador existencial, positivo y negativo, y explicaremos los cambios de significado que han motivado la evolución desde el valor de ‘testículo’ hasta su interpretación como cuantificador positivo, por un lado, y negativo, por otro. Para todo ello analizaremos los datos que los corpus de la RAE (CORDE, CREA, CDH y CORPES) muestran al respecto.

El esquema de trabajo que presentamos se inicia con una breve presentación del concepto de subjetivación, ya que entendemos que constituye el fundamento teórico y metodológico que explica la gramaticalización de la construcción *un huevo* como cuantificador, ya positivo o ya negativo. Brevemente también, introduciremos las dos construcciones con *un huevo* dentro del contexto de la cuantificación en español. El punto siguiente consistirá en la descripción de *un huevo* como sustantivo cuantificador, analizaremos sus características de uso que permiten concluir un funcionamiento adverbial, pudiendo incidir en sustantivos, adjetivos o verbos. De igual forma también, analizaremos la evolución del significado de *un huevo* hasta llegar a significar ‘mucho’. El punto siguiente consistirá en el análisis de *un huevo* como minimizador y su relación con el ciclo de Jespersen. Enmarcaremos el funcionamiento de *un huevo* como minimizador dentro de las distintas construcciones con minimizador posibilitadas históricamente por los verbos de valoración y estima (*importar*, *valer*, *dársele* y *preciar*), tanto con inductor negativo como sin él. Cierran el trabajo las conclusiones a las que hemos llegado.

## 2 Fundamentación teórica

### 2.1 Subjetivación y gramaticalización

Traugott ha desarrollado una teoría del cambio semántico basada en la noción de subjetivación: un mecanismo semántico-pragmático a través del cual los significados cambian desde la descripción objetiva de la situación externa a la expresión de la perspectiva interna del hablante o la actitud sobre lo que se dice. Trau-

gott (1982, 247s.) distingue tres distintos componentes semántico-funcionales en la lengua en el nivel sincrónico: el proposicional (o ideacional), el textual y el expresivo (o interpersonal).<sup>1</sup> Mientras el componente proposicional tiene que ver con los recursos usados para la descripción del hecho de habla, el dominio textual afecta a aquellos rasgos que comunican significados que favorecen la cohesión. El componente expresivo comprende varios fenómenos de naturaleza subjetiva e intersubjetiva, que traslucen la evaluación y actitud del hablante hacia la proposición.

Esta hipótesis original de incremento diacrónico en la expresividad, o subjetividad, va siendo precisada poco a poco por Traugott. En 1989 reconoce que los cambios semánticos identificados en los procesos de gramaticalización no encajan exactamente en los límites de la gramaticalización, sino que pertenecen a un conjunto de grandes tendencias en el cambio semántico que parecen sostener un amplio conjunto de fenómenos:

- a) Tendencia 1 (Traugott 1989, 34): significados basados en la situación externa descrita > significados basados en la situación interna descrita (evaluativa/perceptiva/cognitiva). Los cambios de este tipo incluyen cambios peyorativos, meliorativos, y un número de extensiones metafóricas desde dominios concretos a abstractos.
- b) Tendencia 2 (ib., 35): significados basados en la situación interna o externa descrita > significados basados en la situación textual y metalingüística. Este cambio se muestra en el desarrollo de conectores que codifican cohesión textual, o en verbos de estados mentales que desarrollan valores metalingüísticos.
- c) Tendencia 3 (ib.): significados que tienden a ser incrementados basados en el estado de creencias o actitud subjetiva del hablante hacia la proposición. Ilustran esta tendencia cambios desde conectores temporales a concesivos, desde verbos de desplazamiento a marcadores de futuro y desde modales deónticos a modales epistémicos, los cuales llegarán a ser denominados subjetivación.

Según Traugott/Dasher (2002, 97), la tendencia 3 prevalece sobre las otras dos, de forma que la subjetivación puede considerarse como el principal tipo de cambio semántico. Para Traugott, la unidireccionalidad de los procesos de gramaticalización provoca una subjetivación creciente de la unidad o de la construcción lingüística, según la cual la unidad pierde contenido léxico pero consigue un mayor

---

1 A partir de la distinción propuesta por Halliday y Hasan (1976).

valor pragmático, es decir, el emisor es el origen del cambio lingüístico al subjetivar progresivamente sus mensajes. Así (Traugott/König 1991, 198), es posible observar una tendencia en los cambios que va desde significados basados en situaciones extralingüísticas identificables más o menos objetivamente, hacia significados basados en la actitud del hablante o en su creencia sobre lo que se dice. La implicación progresiva del sujeto de la enunciación en la descripción del objeto y del proceso produce una pragmatización del significado cada vez mayor, pues a través del uso repetido en contextos sintácticos locales, significados concretos, léxicos y objetivos llegan a realizar funciones progresivamente más abstractas, pragmáticas y basadas en el emisor (Traugott 1995, 32), de forma que el cambio discursivo cristaliza en un cambio semántico y puede llegar a motivar el cambio sintáctico con el que culmina el proceso de gramaticalización. La subjetivación, en definitiva, no es otra cosa sino un cambio que va de lo que se dice a lo que se quiere decir.

La subjetivación, por tanto, puede ser entendida como un tipo de gramaticalización: el desarrollo de una expresión identificable gramaticalmente a partir de la creencia del hablante o la actitud del hablante sobre lo que se dice (ib.). Así pues, la subjetivación supone cómo ciertos elementos o construcciones convencionalizadas en la gramática de una lengua son resultado de un cambio lingüístico que incorpora a la gramática contenidos pragmáticos que codifican la perspectiva del hablante ante lo comunicado, como la relación con el interlocutor (lo que llamaré *intersubjetivación*). Es decir, la subjetivación muestra cómo el significado pragmático puede llegar a gramaticalizarse y convertirse, por tanto, en una construcción convencional (Company 2004, 1): muchas veces las inferencias pragmáticas tienen que ver con valoraciones subjetivas (apreciaciones o valoraciones personales) que fuerzan al interlocutor a interpretar más de lo que realmente se dice; el interlocutor infiere adecuadamente lo que el hablante quería transmitir y supone que el matiz subjetivo inferido es un valor establecido de la forma o construcción emitida por el hablante. Tal asociación es repetida y generalizada hasta que el valor subjetivo se vuelve parte del significado convencional de la forma o construcción en cuestión (Company 2003, 40). Es decir, se trata de un tipo de metonimia, resultado de la cual es un significado codificado nuevo y más subjetivo, que normalmente dará lugar a la polisemia (Traugott 2016, 379).

A pesar de su interés, la propuesta de la subjetivación no está exenta de problemas (De Smet/Verstraete 2006, 366): hay falta de criterios formales adecuados para detectar la subjetividad en un elemento particular, es decir, para medir cómo y por qué el elemento se relaciona con el hablante, y desde una perspectiva diacrónica hay a menudo confusión entre el papel del hablante en el proceso del cambio y la relación eventual del hablante con los nuevos sentidos que surgen como resultado de este proceso.

En ese sentido, es importante mencionar a este respecto la labor de Company, quien frente al análisis preponderante de la (inter)subjetivación desde un ángulo semántico-pragmático, se ha preocupado estrechamente por examinar las consecuencias sintácticas de un proceso de (inter)subjetivación. Para Company (2004, 2) toda (inter)subjetivación supone una serie de restricciones en el comportamiento sintáctico de las formas que sufren ese cambio, consistentes en el debilitamiento e incluso cancelación de la capacidad sintáctica de los elementos implicados, es decir, hay un aislamiento sintáctico y cancelación de la sintaxis, consecuencia de la naturaleza del proceso de (inter)subjetivación.

Company sintetiza en 3 los efectos sintácticos del proceso de (inter)subjetivación (a los que habría que añadir un cuarto elemento semántico). Estas características, de alguna manera, suponen la adaptación al español de los rasgos reseñados por Ghesquière/Brems/Van de Velde (2014, 139):<sup>2</sup>

- a) Atenuación, debilitamiento o pérdida de control del agente sobre el evento. Este debilitamiento del sujeto tiene como consecuencia una atenuación o debilitamiento de la estructura argumental de oración y, por tanto, de las relaciones entre los constituyentes del enunciado (inter)subjetivo, de forma que solo admite una interpretación global, y no a través del significado de sus constituyentes individuales. En ese significado global el hablante manifiesta su propio punto de vista sobre el evento.
- b) Ampliación del alcance de la predicación: las formas gramaticalizadas suelen situarse a la izquierda del enunciado, de forma que suelen iniciarlo, de manera que su significado incide sobre la oración en su conjunto, y no sobre algunos de los constituyentes del mismo.
- c) Fijación, aislamiento y autonomía predicativa. Es decir, el efecto sintáctico de este tipo de cambio es la reducción de la capacidad relacional de las formas sometidas a (inter)subjetivación. Ello puede conducir incluso al hecho de formar expresiones fijas.
- d) Debilitamiento del significado referencial etimológico originario. Parece unánime la aceptación de que, para que las formas adquieran significados expresivos (inter)subjetivos, es requisito previo el vaciamiento en algún grado del significado referencial etimológico originario, lo que provoca nuevos significados más abstractos que entran en nuevos contextos, distintos de los originales.

---

<sup>2</sup> Los elementos subjetivados no permiten la sustitución pronominal; no pueden ser incluidos en el alcance de la negación; resisten la focabilidad, submodificación y gradabilidad; no pueden usarse predicativamente; es probable que diacrónicamente se somentan al movimiento a la izquierda y alcance de la expansión; resisten el control del agente; están prohibidos en ciertas cláusulas subordinadas; y son normalmente propios de una semántica no veritativo-condicional.

Company (2004) se centra fundamentalmente en analizar el punto c), e intentar dar una explicación al mismo. La hipótesis que fundamenta su trabajo es que «cuando las formas se recargan de significados subjetivos pragmáticos se desproveen de sintaxis, al punto de que muy frecuentemente cancelan la sintaxis normal que esas formas exhiben en su comportamiento objetivo. La subjetivación motiva aislamiento sintáctico» (ib., 8). Dicho aislamiento se puede manifestar de diversas maneras: aislamiento mediante pausas, enunciado pleno autónomo, incapacidad para sustituir o parafrasear las formas, incapacidad para su combinatoria habitual, etc. La prescindibilidad de sintaxis en la (inter)subjetivación sería una manifestación más del efecto de «reducción paralela» que sufren muchos cambios gramaticales, propuesto por Bybee/Perkins/Pagliuca (1994, cap. 4).

Dentro de las conclusiones del análisis de Company, destaca la importancia del contexto: para que se dé un proceso de (inter)subjetivación es necesario que no haya un valor gramatical a priori, sino que el elemento/construcción adquiera su valor en el contexto, de forma que el hablante pueda manipular creativamente el contexto y desproveerlos de su significado originario, para, así, enriquecerlos con sus propias valoraciones. Así pues, el análisis de Company (2004) confirma su hipótesis de que las construcciones que sufren un proceso de (inter)subjetivación rigidizan su sintaxis, pero, de alguna forma, este empobrecimiento sintáctico queda compensado con un fuerte enriquecimiento pragmático: la sintaxis es prescindible porque al hablante no le interesa la semántica descriptiva de la construcción, sino que le interesa aportar su propia visión respecto del evento. De ahí que, señala Company (ib., 23), mientras que la gramaticalización tradicional supone un cambio desde el léxico hacia la sintaxis, la (inter)subjetivación plantea un cambio desde la sintaxis hacia la pragmática.

## 2.2 La cuantificación en español

Cuantificar es, evidentemente, expresar una cantidad. Las expresiones cuantificativas contienen algún elemento gramatical que indica una medida, bien sea numéricamente (*tres, cuatro*, etc.) o con otra forma de estimación (*mucho, bastante*, etc.), es decir, establecen una relación entre dos conjuntos, distinguiéndose entre el *operador* (el cuantificador que expresa el cómputo, medición o evaluación) y el *restringidor*, el elemento que introduce la noción cuantificada y el dominio que corresponde al cuantificador (RAE 2009, 1377s.).

Establecer una clasificación de los cuantificadores exige tener en cuenta diversos criterios (Sánchez López 1999a, 1029). Además, debemos considerar también que los cuantificadores no son una categoría cerrada (Martí i Girbau 2010, 230), y ello independientemente del valor infinito de los numerales.

Según el criterio de las nociones cuantificadas, los cuantificadores pueden dividirse en tres grupos, según afecten a *individuos, materias o sustancias*, y *grados* en los que se mide una propiedad o tiene lugar un estado de cosas. Cuando afectan a individuos, es decir, a entidades individuales o discretas, inciden sobre sustantivos contables (*cinco libros*). La noción cuantificada puede ser una materia o una sustancia y otras expresiones no contables, aunque aparezcan en plural, (*mucha arena*). Por último, los cuantificadores pueden expresar los diversos grados en los que se predica una propiedad o tiene lugar un proceso (*me gusta mucho*) (RAE 2009, 1382s.).

Un segundo criterio a utilizar depende de que la cantidad denotada sea explícita o implícita: los cuantificadores *propios* expresan explícitamente una cantidad (*muchos, tres*, etc.), frente a los cuantificadores *focales* o *presuposicionales*, que no denotan cantidad pero implican una lectura cuantificada de los elementos afectados (*también, sólo*, etc.) (Sánchez López 1999a, 1029).

Los cuantificadores propios pueden a su vez subdividirse en varias subclases según el tipo de cantidad que denoten. Así, la RAE distingue entre cuantificadores *fuertes, universales* o *definidos*, y cuantificadores *débiles* o *indefinidos*, según abarquen la totalidad de los elementos que componen algún conjunto (*todos*) o señalen una parte de algún conjunto (*muchos*). Los cuantificadores indefinidos se puede dividir a su vez en varias subclases (RAE 2009, 1389–1391):

- (a) Los *existenciales* (*alguno, nadie*), que expresan la existencia o inexistencia de aquello que se habla, normalmente en relación con otros elementos de su misma naturaleza.
- (b) Los *numerales cardinales* (*dos, tres*), que expresan cálculos según la serie de los números naturales.<sup>3</sup>
- (c) Los *evaluativos* (*mucho, bastante*) introducen una medida imprecisa entre la unidad y la totalidad, y ello en función de alguna norma.
- (d) Los *comparativos* (*menos, tantas*) establecen mediciones o estimaciones en función de las que corresponden a otros individuos o a otros procesos.
- (e) Los cuantificadores de *indistinción* o *elección libre* (*cualquiera*), que se refieren a una entidad elegida arbitrariamente entre otras. Evidentemente hay otras formas de clasificar los cuantificadores según este criterio.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> No se clasifican como *indefinidos* porque designen un grupo impreciso, sino porque sus propiedades gramaticales son similares a las del conjunto de los cuantificadores indefinidos. Así pues, son cuantificadores indefinidos los que no proporcionan por sí mismos indicaciones que permiten localizar el referente del grupo nominal, frente a los definidos, que lo identifican directamente.

<sup>4</sup> Por ejemplo, Sánchez López (1999a, 1030s.) diferencia entre (a) *numerales*, que expresan una cantidad exacta (*tres, tercio, segundo, triple, sendos*, etc.); (b) *indefinidos*, que denotan cantidad sin

Otro criterio delimitador de los cuantificadores es la facultad de poder determinar la interpretación cuantitativa de otra unidad de la oración a la que no modifica directamente, pero con la que mantiene una determinada relación estructural. Así, se distingue entre cuantificadores *intrínsecos*, que obligatoriamente tienen interpretación cuantitativa al extender su ámbito más allá del elemento al que cuantifican (*cada estudiante cumplimentó su examen*), y cuantificadores *no intrínsecos*, que presentan una ambigüedad entre la lectura cuantitativa y la referencial, es decir, pueden ejercer de modo opcional la facultad de extender su interpretación cuantitativa a otros elementos (*muchos políticos creen que les persiguen*) (Sánchez López 1999a, 1031–1033).

Según el criterio categorial, suele diferenciarse entre (a) cuantificadores que no admiten ningún tipo de rección, es decir, constituyen SSNN (*algo, alguien, nada, nadie*), y pueden admitir los complementos propios de los nombres, como adjetivos, SSPP y oraciones de relativo restrictivas; (b) cuantificadores que van acompañados de SSNN (*cada, ambos*, etc.); (c) cuantificadores que pueden cuantificar adjetivos y sintagmas preposicionales con distinto valor y significado (*algo, muy*, etc.); (d) los cuantificadores focales pueden cuantificar cualquier categoría, incluida la oración (Sánchez López 1999a, 1034s.). Así pues, los cuantificadores son transversales (RAE 2009, 1384), pues pueden funcionar como pronombres, adjetivos (determinativos) y adverbios, con el añadido de que un mismo elemento puede funcionar en diversas clases.

Morfológicamente, parece esperable que los cuantificadores no sean homogéneos. Así, algunos poseen flexión de género y número y admiten usos neutros (*todo*), otros presentan número pero no género (*cualquiera*), otros poseen género pero no número (*ambos*), y el plural de otros puede ser «peculiar» (*cualesquiera*). Otros cuantificadores ofrecen una forma única, sin variantes formales (*cada, menos*, etc.), pero su comportamiento morfológico es diverso, pues pueden acompañar a sustantivos masculinos o femeninos en singular (*cada, más, menos*), pueden incidir sobre plurales sin reflejar la concordancia (*más, menos*). Los neutros *algo* y *nada* tienen género inherente y concordancia en masculino singular. Al-

---

especificar el número, pudiendo dividirse igualmente entre los que denotan la cantidad de un conjunto determinado de elementos, también llamados *universales*, cuya cardinalidad coincide con la totalidad del conjunto definido al que cuantifican (*todos, cada*, etc.), frente a los que denotan la cantidad de un conjunto indeterminado, *no universales* o *indefinidos propiamente dichos*, que denotan una parte indeterminada de un conjunto definido o bien miden el tamaño de un conjunto indefinido de elementos (*muchos, algunos*, etc.); y (c) *gradativos*, que expresan una cantidad relativa a algún parámetro que funciona a modo de escala, diferenciándose, a su vez, entre *comparativos* (*menos, tanto*, etc.) y *proporcionales* (*mucho, bastante*, etc.), solapándose estos últimos con los indefinidos no universales.

*guien* y *nadie* parecen preferir la concordancia en masculino, pero también se documentan las combinaciones con femenino. Los cuantificadores adverbiales son invariables. Por último, hay que señalar también que hay cuantificadores con variantes apocopadas ante adjetivos, adverbios o sustantivos (*algún, muy*), y otros sin variantes apocopadas (*bastante, demasiado*) (RAE 2009, 1391–1404).

### 2.2.1 Construcciones asimilables a los cuantificadores

Hay un conjunto grande, y abierto, de construcciones que pueden funcionar como los cuantificadores, es decir, expresando una cantidad. Se trata principalmente de sustantivos, adjetivos y adverbios que funcionan como cuantificadores dentro de ciertos contextos estructurales, es decir, en determinadas construcciones. De ahí que en numerosas ocasiones hayan sido relegados al ámbito de la fraseología.

Todas estas construcciones serán, en su conjunto, ejemplo de gramaticalización y subjetivación. Uno de los elementos desencadenantes de la gramaticalización, junto con la frecuencia y la analogía, tiene que ver con la pragmática cognitiva y comunicativa de la interacción o negociación hablante-oyente (Traugott 2003, 634; Hopper/Traugott 2003, 76; Heine/Narrog 2010, 402). La expresividad puede ser uno de esos elementos de necesidad comunicativa del hablante (Vervecken 2015, 68), de forma que los cambios de significado son promovidos por inferencias pragmáticas que surgen en el continuo de habla.

Estas construcciones asimilables a los cuantificadores tendrán un valor evaluativo, y siguen la tendencia de subjetivación de Traugott en el sentido de que adquieren un nuevo significado (cuantificativo) basado en la actitud del hablante o en su creencia sobre lo que se dice a partir de significados basados en situaciones extralingüísticas identificables más o menos objetivamente.

La expresividad depende fuertemente del contexto, en cuanto que necesita una representación sobre la que actuar (Porroche 2015, 189), sea una alabanza, una crítica, o una cuantificación evaluativa. Ya Bally (1967, 41) señalaba que la expresividad consiste en «modificar la expresión existente en cantidad o en cualidad». Las construcciones *gana un huevo de pasta* o *me importa un huevo lo que pienses* tienen un significado expresivo, es decir, subjetivo, pues no se trata tanto de describir una realidad, sino de transmitir el modo de ver esa realidad por parte del hablante, modo de ver la realidad que supone una evaluación mediante la cual el objeto evaluado (*pasta* y *lo que pienses*) se considera en relación con una norma: la cuantificación es vista como elevada o negativa según lo que en cada contexto se podría esperar desde el punto de vista del hablante. Pero la expresividad no recae solo en el significado subjetivo de cuantificación. No es lo mismo

decir *gana mucho dinero que gana un huevo de pasta, ni no me importa lo que pienses que me importa un huevo lo que pienses*. El carácter marcado de *coloquial* de las segundas construcciones les añade un plus de subjetividad: intersubjetividad, en tanto que supone un grado de cercanía con el interlocutor, el cual es tratado con un grado de *confianza personal* que determina la interacción hablante-oyente. Pero el significado expresivo también se manifiesta mediante la utilización de tradicionales recursos retóricos, como los mecanismos de pensamiento que son la metáfora y la metonimia. En ese sentido, utilizar un cuantificador metafórico, que debe ser interpretado como tal en un contexto determinado, pues de no ser así lo interpretaríamos de otra manera, también es muestra de expresividad, ya sea para hacer equivaler *testículo* con ‘mucho’ o con ‘nada’. Así pues, podríamos señalar al menos tres elementos de expresividad en la construcción *un huevo*: la cuantificación indefinida (positiva o negativa), el carácter coloquial, el valor contextual metafórico de la cuantificación.

Ciertos adjetivos se asimilan parcialmente a los cuantificadores en algunos de sus usos (*con total nitidez, el menor interés*). Un grupo numeroso de adverbios y locuciones adverbiales de frecuencia suelen asimilarse a los cuantificadores débiles (*a menudo, a veces, continuamente, en ciertas circunstancias, de vez en cuando, en ocasiones, esporádicamente, hasta la saciedad, reiteradamente, repetidamente, una y otra vez, etc.*). Son muy numerosas también las locuciones adverbiales y nominales de naturaleza cuantificativa (*una eternidad, en un santiamén, Dios y ayuda, etc.*), muchas de ellas restringidas sintácticamente a la pauta *preposición + sustantivo*: *a cántaros, a destajo, de narices, etc.*<sup>5</sup> (RAE 2009, 1387).

5 Incorporamos a continuación la clasificación de San Julián (2016b, 444), la cual en modo alguno es exhaustiva, evidentemente:

- a) de narices, de cojones;
- b) a mogollón, a montones, a espuestas, a andanadas, a mansalva, a caño libre, a capazos, a carretadas, a cascoporro, a centenadas, a centenares, a centenas, a chorros, a cientos, a puñados, a fanegadas, a granel, a manojos, a manos llenas, a manta, a mares, a miles, a millares, a millones, a patadas, a porrillo, a puñados, a raudales, a barullo, a guacaladas, a barba regada, a base de bien, a cargas, a manadas, a punta (de) pala, a rodo, a tutiplén, a espuestas;
- c) en abundancia, en cantidad, en cantidades industriales, en demasía, en exceso, en (~ con) extremo, en alto grado, en grado superlativo, en grado sumo, en grueso, en gran número;
- d) sin cuento, sin medida, sin fin, sin duelo;
- e) por un tubo, por arrobos;
- f) para aburrir, para parar un carro (~ tren);
- g) sobre manera;
- h) como arroz, como tierra;
- i) con mano escasa;
- j) por adarnes, por alambiques.

Particularmente interesante nos resulta establecer el origen del carácter cuantificativo de muchos de estos elementos, pues si bien en la mayoría de los casos hay una vinculación con cantidad (*a montones, a miles*), en otras ocasiones el concepto cuantificativo vendrá dado metafóricamente (incluimos también la metonimia) de forma fácilmente reconocible en la actualidad (*a mares*, por cuanto en el *mar* hay abundancia de agua), o de forma mucho más complicada (*a mogollón*).<sup>6</sup>

### 2.2.2 Cuantificación y negación

La negación se considera un operador sintáctico en un sentido similar al de los cuantificadores (RAE 2009, 3631), pues condiciona o suspende la referencia de otras unidades que se hallan en su ámbito de influencia, al expresar la falsedad de los estados de cosas, la inexistencia de las acciones, los procesos o las propiedades de que se habla. Ya hemos señalado que hay un grupo de cuantificadores débiles o indefinidos que pueden clasificarse en existenciales, numerales cardinales, evaluativos, comparativos y de indistinción o elección libre. Los cuantificadores existenciales se agrupan en dos series: los positivos (*alguien, algo, alguno*) y los negativos (*nadie, nada, ninguno*) (RAE 2009, 1457). A pesar de que los cuantificadores existenciales negativos se suelen incluir en el grupo de los cuantificadores existenciales, es motivo de debate si las palabras negativas son en realidad cuantificadores existenciales, situados en el ámbito de la negación, o han de interpretarse más bien como cuantificadores universales restringidos a las oraciones negativas (Sánchez López 1999b, 2570; RAE 2009, 3634).

---

<sup>6</sup> Verveckken (2015, 359), prudentemente, habla de la falta de certeza para referirse a la etimología de *mogollón* como origen de sus usos cuantificativos. Sin embargo, de forma menos prudente, podemos atrevernos a establecer una hipótesis: según Corominas/Pascual (1987), el origen del sustantivo proviene de la construcción «*de mogollón*, ‘de gorra, gratuitamente’, origen incierto, probablemente se trate de un \**meollón* aumentativo de *meolla* ‘miga’, procedente del lat. MEDÚLLA ‘pulpa’. *J.a doc.*: h. 1570, romances de germanía; Mal Lara». La combinación más habitual era como *comer de mogollón*, de donde podría salir el significado cuantificativo por la relación metonímica ‘rápidamente y con avidez’ y ‘en exceso’, asociadas a la idea de ‘hacer algo de gorra, gratuitamente’. El primer ejemplo acreditado en el CORDE da cuenta de ello: «¿Allá donde os cavalgastes no pudystes yr a paryr, syno después de hechos vuestros malos rrecauos, salys os a paryr por los campos, y myentra estarés mala que os den de comer de mogollón?» (Anónimo, *La corónica de Adramón*, 1492). Esta hipótesis también explicaría la importancia de la faceta conceptual de *desorden* que Verveckken (2015, 365) señala asociada al origen de la imagen conceptual de *mogollón*, pues *comer de gorra y gratuitamente* no suele estar vinculado al orden y las buenas maneras, especialmente en los orígenes de la expresión.

Se denominan *términos de polaridad negativa* a aquellos elementos que ocupan posiciones sintácticas de argumento o adjunto en el grupo verbal en presencia de un inductor negativo preverbal, es decir, solo pueden aparecer en entornos negativos (RAE 2009, 3677; Sánchez López 1999b, 2591). Sánchez López los divide en tres clases según los motivos que desencadenan su naturaleza polar (Sánchez López 1999b, 2591): aquellos en que la polaridad va acompañada de concordancia negativa: se trata de las palabras negativas *nada*, *nadie*, *ninguno*, *nunca* y *jamás* en posición posverbal. Unidades léxicas que han adquirido polaridad negativa como consecuencia de su uso de refuerzo de la negación. En este grupo se incluyen por un lado minimizadores, es decir, superlativos cuantificativos y construcciones con *más... que*, modismos de polaridad negativa y grupos nominales introducidos por el indefinido *uno*, y por otro grupos nominales indefinidos interpretados como cuantificadores dentro del ámbito de la negación. Unidades léxicas cuya polaridad negativa está relacionada con la naturaleza aspectual del predicado: *hasta*, *todavía* y *ya*. No obstante, formalmente se suelen dividir en dos grupos (Sánchez López 1999b, 2564):

- a) Aquellos que no manifiestan concordancia negativa, es decir, que necesitan siempre de una marca de negación preverbal.
- b) Todos aquellos elementos capaces de expresar negación por sí mismos cuando preceden al verbo. Son los denominados palabras negativas, es decir, todos aquellos capaces de convertir en negativa una oración con su sola presencia ante el verbo: cuando las palabras negativas ocupan la posición preverbal, no aparece el inductor negativo ante el verbo porque tienen incorporado su significado (*no quiero nada* vs. *nada quiero*).

La RAE (2009, 3646) comenta que las lenguas románicas están divididas en dos grupos: aquellas en las que las palabras negativas excluyen el inductor negativo cuando se anteponen al verbo (español, italiano, portugués y gallego), y las que no lo excluyen (francés y rumano). El catalán ocuparía una posición intermedia, al permitir estas construcciones de manera optativa.

### 3 Los sustantivos cuantificadores

La RAE (2009, 823) habla de *sustantivos cuantificativos* para referirse a sustantivos inherentemente relacionales (*montón*, *kilo*) que cuantifican un grupo nominal sin determinante en construcciones pseudopartitivas. Se caracterizarían porque expresan medidas. Y distingue tres clases: *acotadores* o *parceladores*, *de medida*, y *de grupo*. Los sustantivos acotadores proporcionan la medida de una materia o una

sustancia, pero también la medida de ciertas nociones abstractas que se expresan con nombres no contables (*una brizna de hierba*).<sup>7</sup> Los sustantivos de medida representan medidas establecidas en función de algún cómputo normalizado según las propiedades físicas de la magnitud que se evalúa, pudiendo ser su complemento un nombre no contable o un nombre contable en plural (*un kilo de papas*). Los sustantivos de grupo expresan formas de presentar conjuntos (*un montón de regalos*) (RAE 2009, 823–828). Es importante reseñar que especialmente los sustantivos cuantificativos de medida y los sustantivos cuantificativos de grupo pueden ampliar metafóricamente o metonímicamente sus usos. Así, es posible hablar de *una pila de años*, en la que el recipiente o contenedor se usa metafóricamente para una magnitud diferente de la que puede contener; al igual que *un bosque de brazos*, para referirnos a un grupo indeterminado de brazos, a partir de la metáfora visual de elementos enhiestos dispuestos verticalmente. En definitiva se trata de procesos variables y graduales de *gramaticalización* (RAE 2009, 833s.). Este tipo de sustantivos cuantificativos tienen que ajustarse a la construcción *expresión cuantificativa + de + grupo nominal no definido*, es decir, sin determinantes ni cuantificadores. Constituyen un amplio grupo los que se usan con determinantes indefinidos (*una barbaridad de papeles*), aunque también pueden aparecer sin determinante (*infinidad de veces*) o con artículo definido (*la tira de niños*). Se suele denominar *pseudo-partitivas* a este tipo de construcciones porque no se hace referencia a algún conjunto de seres contextualmente delimitado, a diferencia de lo que sucede en las partitivas (*una docena de estos huevos*) (RAE 2009, 1448–1457), es decir, la cabeza de la construcción no denota una parte de la coda, sino su constitución.

Se han propuesto otras clasificaciones.<sup>8</sup> Todas ellas criticadas por San Julián (2016a; 2016b, 85ss.), quien diferencia entre cuantificadores *propios* y cuantificadores *eventuales*. Según San Julián (2016b, 383), entre los sustantivos cuantificativos se encuentran algunos, los eventuales, que no son propiamente cuantificadores, a pesar de que adquieren contextualmente este sentido con relativa frecuencia. Debido al punto de vista metodológico diferente, no compartimos la clasificación de San Julián, ahora bien, nos interesa mucho su propuesta por cuanto señala que los cuantificadores eventuales o contextuales configuran un paradigma abierto, en continua transformación, en sintonía con lo señalado a propósito de la gramaticalización y subjetivación de construcciones asimilables

7 San Julián (2016b, 396) recoge diversas críticas a la inclusión de los sustantivos acotadores dentro de los sustantivos cuantificativos.

8 Así, Vos (1999, 48) establece una clasificación de 6 tipos de cuantificadores nominales, Gutiérrez Rodríguez (2008, 320) añade un cuarto tipo a los sustantivos cuantificadores propuestos por la RAE, y Delbecque/Verveckken (2014) y Verveckken (2015, 29) distinguen cuatro tipos de sustantivos cuantificadores según el grado de coextensión expresado.

a los cuantificadores. Es decir, se trata de poner de relieve cómo determinados sustantivos, en un tipo concreto de construcciones, funcionan como cuantificadores. Algo también señalado por la RAE (2009, 825) al comentar que unos nombres cuantificativos funcionan como tales en todos sus usos, mientras otros solo lo hacen en alguna de sus acepciones, lo que lleva a Verveckken (2015, 4) a entender también los nombres cuantificadores como una categoría abierta a cualquier clase de nombre con potencial cuantificador. O, en palabras de Bosque (2007, 190), que la oposición entre paradigmas abiertos y cerrados es gradual. Así, parece mucho más abierta (al menos en el número) la categoría de sustantivos cuantificadores que la de construcciones adverbiales o adjetivales cuantificativas.

### 3.1 *Un huevo* como sustantivo cuantificador

La RAE no recoge esta construcción como cuantificador nominal. Si viene recogida, sin embargo, en algunos repertorios lexicográficos,<sup>9</sup> y llega a ser considerada en algunos estudios sobre cuantificadores nominales. Así, San Julián (2016b, 415 y 418) analiza algunas de sus características e incluso llega a plantear la posibilidad de su origen a partir de los usos interjectivos, si bien parece aclarar que, posiblemente, no se originó «a través de la gradual difusión —y definitiva consolidación— en los usos sociales de la lengua del empleo metafórico como cuantificador del sustantivo designativo *un huevo*, sino a partir de la expresión idiomática ponderativa *costar (~ valer) un huevo* ‘costar mucho’» (San Julián 2016a, 419). En cualquier caso, un aspecto no considerado de esta construcción es que, como cuantificador, puede señalar tanto un valor evaluativo equivalente a ‘mucho’, como un significado contrario, equivalente a ‘nada’. Una interesante contradicción que merecerá explicación, si bien nosotros nos vamos a centrar en este punto en el valor positivo.

Los primeros ejemplos que encontramos de la construcción evaluativa en los corpus se dan en los años 60 y 70:

Sabes lo que creo que vale un «güevo» en Alemania? Lavar la ropa (Olmo, Lauro, *La camisa*, 1962).

«Me interesa un huevo la psicología», le dije a Ernesto (Ortiz, Lourdes, *Luz de la memoria*, 1976).

que si pasa el tiempo luego te cuestan un huevo y hay muchos que ya no pueden pasar el trago (Ortiz, Lourdes, *Luz de la memoria*, 1976).

<sup>9</sup> Así el diccionario de María Moliner, o el diccionario de Seco, Andrés y Ramos, por ejemplo.

En cuanto a las características formales de la construcción *un huevo*, comentaremos algunas propiedades partiendo de lo señalado por San Julián (2016b):

- a) El cuantificador *un huevo* puede incidir en sustantivos y adjetivos, y en estos casos siempre se une a ellos mediante la preposición *de*:

Un tío que se las daba de psicólogo se marcaba un articulazo —un huevo de páginas ilustradas con fotos como ésa en la que Bertrand y yo, más contentos que la hostia, posábamos con nuestras copas— que se titulaba poco más o menos: «Redención y ocio. Crónica de una experiencia ejemplar» (Pérez Merinero, Carlos, *Días de guardar*, 1981).

Mi abuela lo identificó de inmediato: «Es un huevo de basilisco». Ella misma lo arrojó al fuego (García Márquez, Gabriel, *Vivir para contarla*, 2002).

No hemos encontrado ejemplos en los corpus consultados, pero parece existir también la posibilidad de incidir en algún adverbio:

Aunque quede un huevo de lejos.<sup>10</sup>

- b) Puede desarrollar una función anafórica que hace posible la elisión del sustantivo cuantificado cuando se estima recuperable del contexto o de la situación:

(REYES pasa la gorra. El sonido de los pasos lleva la magia del momento. Todo vuelve a la realidad. REYES se acerca a OLEGARIO y le da la gorra)

REYES Toma. ¡Hay un huevo!

OLEGARIO Cuenta tú el dinero. Te has ganado el honor (Pedrero, Paloma, *Invierno de luna alegre*, 1989).

- c) Puede incidir también en verbos. De hecho, de los ejemplos dados en los corpus de la RAE, es mayoritario este uso. En los corpus dados aparece con verbos de diferentes tipos:

«Me interesa un huevo la psicología», le dijiste a Ernesto (Ortiz, Lourdes, *Luz de la memoria*, 1976).

porque he aprendido un huevo de las piernas, las peludas y las no peludas (Pombo, Álvaro, *El héroe de las Mansardas de Mansard*, 1983).

que hace un huevo que no firmamos un manifiesto (Lindo, Elvira, *Tinto de verano*, 2001).

Lo quería un huevo a Aníbal (Benavides, Jorge Eduardo, *El año que rompí contigo*, 2003).

Lo digo porque el cabroncete aguanta un huevo la respiración (Especialistas secundarios, *Podría ser peor*, 2010).

<sup>10</sup> <<https://www.elimparcial.es/noticia/147296/opinion/eutanasia-politica-de-hoz-y-martillo.html>>.

Hay algunos casos en los que el ejemplo analizado no constituye exactamente un uso intransitivo, sino lo que la RAE (2009, 2612ss.) denomina un caso de *verbo transitivo en uso absoluto*. *Un huevo* funciona habitualmente con este tipo de verbos, pero, evidentemente, al incidir sintácticamente en el verbo y no en el GN no necesita del relacionante *de*.

He bebido espaciado, pero en total he bebido un huevo (Ortiz, Lourdes, *Luz de la memoria*, 1976).

Henri Langlois, un tipo genial, grandote y que no se lava, a quien los cinéfilos le debemos un huevo (Molina Foix, Vicente, *El abrecartas*, 2006).

En estos casos el complemento directo queda sobrentendido sin que se obtenga necesariamente del contexto sintáctico precedente la información que se omite, pues se entiende que el sujeto bebía *algo*, y no agua precisamente, sino algún producto alcohólico, no recuperándose la información omitida del contexto precedente, sino del significado mismo del verbo. Los complementos directos omitidos en las construcciones mencionadas reciben interpretaciones generalizadoras que abarcan ciertas clases de entidades, y cuando se dice de alguien que *bebe* se alude solo a bebidas alcohólicas.

- d) De la combinatoria sintáctica con el valor evaluativo de ‘mucho’, destaca sobremedida que la construcción más habitual es con el verbo *costar* (41), seguida a mucha distancia de los verbos *valer* (5) y *querer* (4), *salir*, *pecar*, *aprender*, *doler*, *alucinar*, *saber*, *hacer* y *ser* (3), *deber*, *pasar* y *gastar* (2), y una cantidad muy grande de verbos en usos individuales (*interesar*, *entender*, *beber*, *haber*, *cambiar*, *tardar*, *exagerar*, *sufrir*, *vivir*, *desconectar*, *estar*, *cabalgar*, *leer*, *donar*, *cantar*, *divertir*, *arrepentirse*, *sudar*, *rallar*, *molar*, *aguantar*, *costrar*, *agobiar*, *acojonar* y *decir*). Es decir, parece no haber una combinación eventiva determinante.
- e) Cuando forma parte del sujeto, no parece poder ser término de concordancia, por lo que si el elemento cuantificado es plural, el verbo estará en plural:

pero también supo que un huevo de perros ahorcados colgaban de los postes de Lima y Ayacucho (Iwasaki, Fernando: «Rock in the Andes», *Un milagro informal*, 2003).

?pero también supo que un huevo de perros ahorcados colgaba de los postes de Lima y Ayacucho

- f) No tiene posibilidad de variación morfológica, pues no admite plural y el sustantivo *huevo* solo admite la combinación con *un*:

\*Me interesa unos huevos la psicología

\*Me interesa huevo la psicología

\*Me interesa el huevo la psicología

\*Me interesa este huevo la psicología

\*Me interesa cierto huevo la psicología

Ahora bien, hemos encontrado un ejemplo en el que se ve modificado por el numeral *tres*:

Sacaron unos modelos deportivos de poca madre, pero valen tres huevos y el culo de diez generaciones (Iglesias, Héctor, *El transformista. Obra en dos actos*, in: Gutiérrez O. M., Luis Enrique [et al.], *Diatriba rústica para faraones muertos*, 2002).

Hay que tener en cuenta, como expondremos en el apartado siguiente, que los minimizadores, uso del que puede formar parte *un huevo*, pueden admitir la presencia de numerales, intensificando o enfatizando más todavía el valor mínimo o negativo del elemento en cuestión. No obstante, en este caso no se trata de un uso minimizador, sino de un uso cuantificador evaluativo positivo, como los que estamos describiendo, y es cuando menos «rara» su presencia. No descartamos que pueda haberse debido a influencia analógica de los usos minimizadores, pero simplemente queremos dejar constancia de este uso que clasificamos como «extraño».

- g) En principio, la construcción es incapaz de verse modificada por adjetivos calificativos, tampoco de aquellos que intensifican la información cuantitativa, a diferencia de los sustantivos habilitados para la cuantificación:

He recibido un gran aluvión de mensajes;

Le ha(n) surgido una carretada impresionante de problemas;

Un increíble enjambre de adolescentes producía(n) un alboroto ensordecedor;

Una impresentable piara de arrabaleros {irrumpió/irrumplieron} en la sala reservada.

\*Me interesa un gran huevo la psicología.

\*Tiene un huevo impresionante de páginas.

\*Vale un increíble huevo.

\*Supo que un impresentable huevo de perros ahorcados colgaban de los postes.

Sin embargo, el cuantificador puede llevar grupos preposicionales modificando al núcleo:

Pero ojo que son caros, advierte el gestor del asunto. Obama, por ejemplo, cobra un huevo de la cara, y hay que pagarle el hotel y el billete en primera (Pérez Reverte, Arturo, *Conferencias chungas*, XL Semanal, 2010.02.21).

Vale un huevo de los grandes

No obstante, en el primer caso (*un huevo de la cara*) habría que considerar la influencia analógica de *un ojo de la cara* que, como veremos, está en el origen de la construcción evaluativa. En el segundo caso, del que no he encontrado

documentación, la impresión que tengo es que al aparecer modificado por el complemento preposicional se reactiva el valor sustantivo de *huevo* como objeto de valor, y el énfasis que supone el incremento modificador restringe la gramaticalización del elemento, por cuanto sigue considerándose un sustantivo.

- h) El elemento cuantificado por *un huevo* no puede recibir otros cuantificadores, lo que señala una mayor cuantificación frente a otros sustantivos cuantificadores:

Recibió un aluvión de doscientos mensajes.

Todo este follón se debe a un puñado de diez tocapelotas

\*Les prestó dinero a un huevo de quince amigos.

\*Lo agasajaron con bastantes huevos de regalos.

Ahora bien, sí puede aparecer coordinado a otros cuantificadores en ciertas construcciones muy limitadas:

es lentísimo y va a tardar un huevo y pico de años (ORAL, 2003).

y me juego contigo mi Quijote de Ibarra, que vale un huevo y la yema del otro (Ansón, Luis María, *Don Juan*, 1994).

Digo ahora maldito partido porque nos costó un huevo y medio ganarlo (Maradona, Diego Armando, *Yo soy el Diego*, 2000).

para darse cuenta de que al rubio le estaba costando un huevo y la mitad del otro contenerse (Castellanos Moya, Horacio, *Insensatez*, 2004).

y que cuestan un huevo y dos tetas (Valdés, Zoé, *El todo cotidiano*, 2010).

pesan un huevo y parte del otro (Rubio, Enrique, *Tania con i@*, 56.ª edición, 2011).

Básicamente son dos usos los que vemos señalados: uno en el que se juega con el significado original de *huevo* en tanto ‘testículo’, de ahí su posibilidad de combinación burlesca en esos entornos para enfatizar una alta cantidad. No obstante, en estos casos considero que hay un uso desgramaticalizado de la construcción al estar considerado *huevo* en su significado sustantivo. Y, por otro lado, la interesantísima coordinación con el numeral indeterminado y *pico de*, que pone de relieve también el énfasis en la alta cantidad, pero, en este caso, al no poner de relieve el valor sustantivo original de *huevo*, consideramos que sí que funciona como cuantificador evaluativo, que, combinado con y *pico de* ve incrementado todavía más su contenido cuantitativo. No sabemos de qué manera los dos usos pueden estar conectados analógicamente gracias al uso de la coordinación y el valor indeterminado, empleados ambos para mayor énfasis y aumento de la cantidad.

- i) Admiten la dislocación a la izquierda del elemento al que caracterizan sintáctica y semánticamente. Resulta obligada la presencia del referente pronominal átono neutro *lo*, que se orienta anafóricamente hacia el elemento disloca-

do a la izquierda y marca formalmente la función sintáctica que este desempeñaría en caso de estar predicativamente integrado.

Guapa, María lo es un huevo (San Julián 2016b).

?Lejos, lo está un huevo

Lo quería un huevo a Aníbal (Benavides, Jorge Eduardo, *El año que rompí contigo*, 2003).

En definitiva, nos encontramos con un cuantificador, *un huevo*, con funcionamiento adverbial que puede incidir en sustantivos, adjetivos o verbos. Algunas combinatorias de la construcción lo siguen vinculando con su funcionamiento propio de sustantivo.

La evolución del significado de *un huevo* hasta llegar a significar ‘mucho’ es interesantísima. Sin embargo, no tenemos pruebas concluyentes sobre la misma, luego nuestro análisis debe ser considerado, simplemente, como una hipótesis. Hipótesis, por otro lado, en la que pueden confluír distintas posibilidades.

El elemento de inicio del que partimos no es *huevo* en tanto «1. m. Cuerpo redondeado, de tamaño y dureza variables, que producen las hembras de las aves o de otras especies animales, y que contiene el germen del embrión y las sustancias destinadas a su nutrición durante la incubación», sino el significado 5 de la RAE: «5. m. vulg. testículo. U. m. en pl.». Es obvio que hay una motivación metafórica del significado 5 a partir del 1 dada la semejanza en la forma de los mismos. Entiendo que el significado de *huevo* en tanto ‘testículo’ es el origen de la construcción no ya, aunque también, por el carácter un tanto vulgar de la expresión, sino porque parece que es la asociación natural que establece el hablante. Esta asociación puede verse corroborada con distintos ejemplos:

¿Tetas? Mías, ¿hermosas verdad? Me costaron un huevo, pero como me saqué los dos, no fue problema (Calderón, Gabriel, *Uz. El Pueblo*, 2006).

sólo se *pueden restituir* con tejas de las que exige el condado, y que cuestan un huevo y dos tetas (Valdés, Zoé, *El todo cotidiano*, 2010).

Las Doc Martens pesan un huevo y parte del otro (Rubio, Enrique, *Tania con i*®, 56.ª edición, 2011).

Me está costando venderlo un huevo y parte del otro (López, Carlos/Fernández, Miguel Ángel, *11-M*, 2014).

En cualquier caso, sigue siendo una incógnita el paso del sustantivo ‘testículo’ a su uso como cuantificador evaluativo. En los corpus de la RAE no hay testimonios anteriores a 1962, por tanto, parece difícil establecer una vinculación motivada entre los mismos. Mi hipótesis consiste en situar la expresión *un ojo de la cara*, en tanto ‘objeto de valor’, como el origen de la misma, muy habitual en su combinación con *costar*, a semejanza de *un huevo*. Esta construcción en la que *ojo* está considerado como ‘elemento valioso’ está presente en la documentación

del CORDE desde el siglo XVI,<sup>11</sup> siendo muy abundante su empleo desde entonces:

Vale a un ojo de la cara (Santa Cruz de Dueñas, Melchor de, *Floresta española*, 1574).

mas si falta, vale un ojo de la cara (Cabrera, Fray Alonso de, *Consideraciones sobre los Evangelios de los domingos de Adviento*, 1598).

Diera el camarero por vengarse un ojo de la cara (Alemán, Mateo, *Primera parte de Guzmán de Alfarache*, 1599).

Que daría un ojo de la cara porque nos partiésemos luego (Fernández de Avellaneda, Alonso, *Don Quijote de la Mancha*, 1614).

que cada una debe de valer un ojo de la cara (Cervantes Saavedra, Miguel de, *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, 1615).

Ayer me rogó tanto un aragonés, que le costó un ojo de la cara (Rojas Zorrilla, Francisco de, *Obligados y ofendidos y gorrón de Salamanca*, 1630).

Huigase del mal amigo, aunque cueste un ojo de la cara (Garau, Francisco, *El sabio instruido de la Gracia*, 1703).

Ello nos cuesta un ojo de la cara (Larra, Mariano José de, *Segunda y última carta de Figaro al bachiller*, 1834).

Pero le advierto que le va a costar un ojo de ojo de la cara (Castella de Zavala, Concepción: *Cruz de flores*, 1939).

Hasta 1850, de 44 ejemplos acreditados en el CORDE de la construcción *un ojo de la cara*, solo 2 se usan con el verbo *costar*, sin embargo, de los 62 ejemplos recogidos entre 1850 y 1972, la mitad (31) son con el verbo *costar*, lo cual deja constancia de su pujanza en el empleo de la construcción. Así pues, parece acreditada la relación entre *ojo* y 'valor'.

A principios del siglo XX se acredita también en el CORDE la construcción *costar un riñón*, en la que, de forma paralela a la anterior, se entiende *riñón* como elemento de valor. No es tan usual como la dada con *un ojo de la cara* pero también se da de forma común hasta la actualidad. Evidentemente, la consideración de *riñón* como elemento de valor permite su combinación con otros verbos distintos de *costar*, al igual que ocurría con *ojo de la cara*:

¡Cuando menos su silencio me cuesta un riñón y mitad del otro! (Valle-Inclán, Ramón María del, *Tirano Banderas*, 1927).

sin que le salga la broma por un riñón (Sánchez Ferlosio, Rafael, *El Jarama*, 1956).

A copas cuesta un riñón, porque cada copa vale treinta y cinco (García Hortelano, Juan, *El gran momento de Mary Tribune*, 1972).

<sup>11</sup> Ya Covarrubias (1611) señalaba a propósito de *ojo* que «para encarecer lo mucho q se quiere vna persona, la igualamos con nuestros ojos». Y el Diccionario de Autoridades (1737) recoge la expresión *costar un ojo*: «Phrase que se usa para ponderar el precio excesivo de las cosas, ò el gasto que se ha tenido en ellas».

«La sonrisa de Julio Iglesias le debe costar un riñón a la Coca-Cola», me decía un madrileño (PRENSA *El País*, 1985.04.01).

En 1998 apareció la primera cámara de un mega, aunque costaba un riñón (*El País.com. Ciberpaís*, 2008.03.13).

La relación de *un riñón* con *un ojo de la cara* como elementos de valor se ve patente en el Diccionario de la RAE en su edición de 1925, donde aparece por primera vez la construcción *costar un riñón*: «fr. fig. y fam. Costar un ojo de la cara». La relación, por tanto, entre las dos construcciones (no limitada exclusivamente a la combinatoria con *costar*) resulta obvia, además de la coincidencia en el ámbito familiar o coloquial de las mismas. La extensión metafórica desde *un ojo de la cara* a *un riñón* viene motivada no solo por la similitud de ser una unidad de un conjunto de dos, y de tener una forma ovalada coincidente, sino también porque *un riñón* venía utilizándose como elemento de valor en otra construcción: *tener cubierto el riñón*, definida en el Diccionario de Autoridades como «Phrase que vale estar bien de conveniencias, ò estar rico. Díxose assi, porque la res que está bien tratada tiene el riñón cubierto de sevo». Esta definición será simplificada más tarde y marcada sociolingüísticamente desde la edición de 1884: «Tener uno cubierto, o bien cubierto, el riñón. fr. fig. y fam. Estar rico», por lo que la coincidencia con *un ojo de la cara* es todavía mayor.

Así pues, desde el siglo XVI tenemos la construcción *un ojo de la cara* como elemento de valor. Esta construcción se hace muy habitual en un ámbito familiar o coloquial hasta la actualidad. Desde la segunda mitad del siglo XIX la combinatoria con el verbo *costar* es muy común. Entiendo que el poder de la construcción expande su uso a *costar un riñón*, considerado también *riñón* como elemento de valor, dada la relación metafórica de similitud o coincidencia entre las dos partes del cuerpo, e influido en ello también por la tradición de la construcción *tener cubierto el riñón*. El carácter familiar o coloquial de las mismas supongo que también puede haber contribuido a establecer la relación. Mi hipótesis es que, tal y como se acredita en el CREA, desde el último cuarto del siglo XX se produce otra extensión analógica de estos elementos a un ámbito vulgar, identificándose *un huevo* como 'elemento de valor', en sintonía con *un ojo de la cara* y *un riñón*. Se trataría, por tanto, de una semejanza de tres elementos dada por la relación de uno de dos, y por la forma ovalada de los mismos. La consideración tabú de *huevo* como 'testículo' traslada el ámbito de la valoración al dominio vulgar.

No sé en qué medida ha podido influir también en la motivación la relación que existe entre *tener riñones* y *tener cojones/huevos*. *Tener riñones* se testimonia por primera vez en el Diccionario de la RAE de 1936, y se define como «fr. fig. y fam. Ser esforzado». Realmente, si consideramos los testimonios que aparecen en el CORDE, el significado de la construcción tendría que ver con el valor y la valentía, más que con el esfuerzo:

¡Compañeros! —gritó imperiosamente—. ¡A Jerez los que tengan riñones! Vamos a sacar de la cárcel a nuestros hermanos... y a lo que se tercie (Blasco Ibáñez, Vicente, *La bodega*, 1905).

pero la cuestión es que no tienen riñones para hacer las cosas cara a cara (Barea, Arturo, *La forja de un rebelde*, 1951).

Es el mismo significado de la construcción vulgar, no recogida por la RAE, *tener cojones/huevos*, la cual tiene testimonios en el CORDE desde mediados del siglo XX, si bien en CREA y CORPES es muy habitual:

No tengo nada contra ello —dijo Antonio—, siempre que el hombre tenga cojones y sea un socialista, un verdadero socialista, un Lenin. Sí, señor. Esto es lo que necesitamos: una revolución y un Lenin (Barea, Arturo, *La forja de un rebelde*, 1951).

Repítelo —dijo—. Si tienes huevos, repítelo (Caballero Bonald, José Manuel, *Toda la noche oyeron pasar pájaros*, 1981).

Por otro lado, la consideración de *un huevo* como objeto de valor permite también algunos usos en los que este puede ser considerado como tal:

La barragana de turno —me juego un huevo— seguro que pone las bragas a media asta (Pérez Merinero, Carlos, *Días de guardar*, 1981).

El crío me mira de refilón —me apuesto un huevo a que me está echando una maldición (Pérez Merinero, Carlos, *Días de guardar*, 1981).

Me juego un huevo a que está pensando (Pérez Merinero, Carlos, *Días de guardar*, 1981).

Y me juego un huevo que el Quique pregunta si la chavala lleva un camisón transparente (Marsé, Juan, *Caligrafía de los sueños*, 2011).

—Me juego un huevo a que no van a salir con Malena (Bayly, Jaime, *La lluvia del tiempo*, 2014).

En todas estas construcciones, *un huevo* no está considerado como cuantificador, pero sí viene entendido como elemento valioso, de ahí que pueda ser utilizado como apuesta.

Así pues, creo que hay una relación entre *un ojo de la cara*, *un riñón* y *un huevo* que es la que motiva la consideración de *un huevo* como 'objeto valioso', siendo este significado el que propicia metonímicamente el valor cuantificador. Dicha relación se acredita también testimonialmente:

plazas como Puebla y Monterrey nos van a costar un güevo de la cara (Mojarro, Tomás, *Yo, el valedor (y el Jerásimo)*, 1985).

donde una triste medallita nos salió costando un huevo de la cara, con perdón (Mojarro, Tomás, *Yo, el valedor (y el Jerásimo)*, 1985).

—Quiero donar un ojo, un riñón, y un huevo (Alonso Álvarez, Óscar, *Disculpen el percanse*, 2003).

—¿Desea donar órganos, caballero? —le preguntó.

—Un ojo, un riñón y un huevo —respondió (Alonso Álvarez, Óscar, *Disculpen el percance*, 2003).

Diremos en honor de mi compadre que editar esos libros le cuesta un huevo de la cara, pues las ventas nunca compensan los gastos (Pérez Reverte, Arturo, *Patente de corso. Vida de este capitán*, XL Semanal, 2008.04.13).

Pero ojo que son caros, advierte el gestor del asunto. Obama, por ejemplo, cobra un huevo de la cara, y hay que pagarle el hotel y el billete en primera (Pérez Reverte, Arturo, *Conferencias chungas*, XL Semanal, 2010.02.21).

Así pues, *un huevo*, desde el significado de ‘elemento que vale mucho’, gramaticaliza y subjetiviza su uso como cuantificador evaluativo similar a ‘mucho’, dada la relación metonímica entre los dos conceptos.

## 4 Los minimizadores

Según la RAE, dentro de los términos de polaridad negativa (TPN), es decir, expresiones condicionadas a la presencia de la negación, se identifica un conjunto extenso de grupos nominales que denotan un valor mínimo asociado a una escala, siendo considerados prototipos de valores mínimos. Precisa la RAE (2009, 3679) que algunos de estos TPN se usan en contextos positivos con el verbo *importar*, y a veces también con *valer*, si bien habría una ligera diferencia de significado, pues en ausencia de negación preverbal la expresión significaría aproximadamente ‘muy poca cosa’, mientras que la presencia de la negación supondría su equivalencia a ‘nada’. La RAE reconoce algunos grupos léxicos entre los sustantivos minimizadores:<sup>12</sup> monedas de escaso valor, sustantivos que designan piezas, medidas y cantidades de valor reducido, verduras, frutas y legumbres, animales, medidas o magnitudes insignificantes, y algunos sustantivos malsonantes (RAE 2009, 3679–3681). Además, si bien la mayor parte de los minimizadores anteriores aparecen contruidos con el artículo *un/una*, algunos admiten variantes con numerales (ib., 3681). Así pues, los minimizadores conforman una clase léxica de sustantivos con un contenido semántico inicial que denota una cantidad o parte insignificante de un todo. Se trataría de elementos reanalizados funcionalmente, sensibles a la polaridad y con unas restricciones de aparición determinadas.

<sup>12</sup> El término *minimizador* parece haber sido acuñado por Bolinger (1972). No obstante, según Horn (2001, 452), parece haber sido August F. Pott (1859) uno de los primeros en hacer referencia a dicho concepto.

Además de poder entrañar gramaticalización, los minimizadores suponen obligadamente subjetivación al producirse una pragmatización creciente del significado que irá adquiriendo valores adicionales. Esta pragmatización deviene de la implicatura escalar que suponen los minimizadores: los contextos negativos (y los no verídicos en general) facilitan la activación de propiedades pragmáticas escalares. Los minimizadores, puesto que refieren elementos de pequeño tamaño o escaso valor, implican un valor escalar que los coloca en la posición más baja de una escala semántica o pragmática, lo que genera implicaturas cuando se hallan bajo el alcance de la negación. Así, aplicando el *principio escalar* de Fauconnier (1975),<sup>13</sup> negar el extremo inferior de una escala implica negar la escala completa. Es decir, y aplicándolo al caso de los minimizadores, si la proposición no es cierta para la alternativa que se sitúa en el extremo inferior de la escala representada por el minimizador, tampoco lo será para las alternativas que ocupan el resto de puntos de la escala. Si construcciones como *no valer un pimiento* o *no importar un huevo* representan el valor mínimo posible, resulta factible adscribir las al extremo inferior de las distintas escalas pragmáticas que estarían vinculadas a los conceptos mencionados. Tras situar las construcciones en ese extremo de la escala, el principio escalar, mediante el cumplimiento de las implicaciones pragmáticas que conlleva, facilitaría el recorrido completo en esas escalas de dichas construcciones, terminando así por significarlas.

La implicatura escalar pondría de manifiesto su comportamiento como términos de polaridad negativa, pues en lugar de señalar un contenido específico o concreto (un punto concreto de la escala), las construcciones anteriores darían lugar a contenidos *indeterminados* o *no específicos* (Medina Granda 2001, 45). Dada la posibilidad de considerar *un pimiento* o *un huevo* como equivalentes pragmáticos de cuantificadores mínimos (la escala pragmática a la que pertenecerían sería equivalente cultural de una escala de cantidad), será posible obtener un valor de cuantificación indeterminada, al entrar en funcionamiento las implicaciones pragmáticas del principio escalar. Teniendo en cuenta que la negación de un cuantificador indeterminado produce la consecución de esa cantidad (ib., 46), la caída del alcance de la negación sobre esa cantidad dará lugar a una cantidad nula, como pueden reflejar las equivalencias significativas entre *no vale pimiento* = *no vale nada* y *no me importa un huevo* = *no me importa nada*.

---

**13** Si  $x_2$  es más bajo que  $x_1$  en la escala  $S$  asociada con  $R(x, \dots)$ , entonces  $R(x_2, \dots)$  implica  $R(x_1, \dots)$ ; entonces, si  $R$  se sostiene para el elemento más bajo en  $S$ , también debe sostenerse para todos los elementos de  $S$  (Fauconnier, 1975, 362).

La explicación en términos escalares de la polarización negativa de los minimizadores vendría puesta también de manifiesto por el hecho de que pueden ser modificados por un cuantificador equivalente a *ni siquiera*, cuya función es precisamente la de señalar la existencia de una escala pragmática (RAE 2009, 3008), pues el elemento al que ese cuantificador modifica suele ocupar el punto más bajo de dicha escala: *no vale ni siquiera un pimiento*.

Por otro lado, además de la subjetivación presente en los minimizadores por la implicatura escalar dada que supone una pragmatización del significado, es también el conocimiento pragmático del hablante el que permite establecer la serie de contextos en que puede aparecer el minimizador en lugar de un cuantificador existencial: el valor escalar está léxicamente dado en el minimizador y pertenece al acervo cultural de los hablantes, de forma que los minimizadores no pueden llegar a ser entendidos sin recurrir al hablante y a la situación (Bosque 1980, 127), pues se trata de un fenómeno ligado a la expresividad y afectividad de los hablantes, que recurren a dichos términos relacionándolos con la realidad conocida, con los saberes compartidos, con el mundo experimentado (Hernández 2013, 36).<sup>14</sup> La gramaticalización explicaría el cambio del grupo nominal minimizador desde un funcionamiento como complemento directo a un uso como cuantificador oracional. El valor cuantificativo escalar de los minimizadores una vez abandonados sus rasgos nominales les hace funcionar como modificadores del predicado verbal, por lo que pueden considerarse adverbios cuantificadores (San Segundo 2017, 26). La presencia de estos minimizadores adverbiales parece estar determinada por el contenido aspectual del predicado, pues debido a su valor escalar solo cuantifican predicados que puedan proyectarse en una escala y que puedan ser divididos en eventos sucesivos menores, como pueden ser predicados de valor, estimación, conocimiento, etc.

La importancia que los minimizadores asumen en la expresión de la negación se debe en parte a la relación que establecen con el fenómeno denominado *ciclo de Jespersen*: Jespersen observó una serie de tendencias comunes y de fluctuaciones coincidentes en las lenguas naturales desde el punto de vista diacrónico en lo referente a la aparición y sustitución de las formas que participan en el proceso de renovación de las marcas de negación. Así, una gran parte de los marcadores de negación postverbal que completaron el ciclo de Jespersen tuvieron su origen en minimizadores, siendo el caso del *pas*<sup>15</sup> francés el ejemplo más paradigmático. Los indefinidos *ninguno*, *nadie* y *nada* nacen de la progresiva gramaticalización

---

<sup>14</sup> Recuérdese, por ejemplo, que en la Edad Media la economía era de trueque, y que los minimizadores usados en la época configuran un dibujo de los elementos de menos valor.

<sup>15</sup> Hay que recordar que *pas* es originalmente un minimizador, proveniente del latín *passum*, 'paso'.

de minimizadores y de construcciones de refuerzo de la negación (Camús 2006, 1175–1177). Y la asociación entre minimizadores y la aparición de nuevos marcadores de negación se testimonia en muchas lenguas.<sup>16</sup> Jespersen señala que la historia de la negación en las lenguas es un continuo movimiento oscilatorio que va de la debilitación del elemento negativo a su reforzamiento.<sup>17</sup> En ese intento de reforzamiento, las lenguas pueden utilizar palabras que signifiquen cosas pequeñas o de poco valor que podrán llegar a contagiarse del valor negativo. A este proceso aparentemente periódico y regular de las dinámicas constatadas, Dahl (1979, 88) le dio el nombre de *ciclo de Jespersen*,<sup>18</sup> y ha sido considerado habitualmente uno de los ejemplos clásicos de gramaticalización.

Jespersen (1966, 7) presenta una organización del proceso en tres fases, que ejemplificamos brevemente en francés:

<i>Il ne peut venir ce soir</i>	Estadio 1	Francés antiguo
<i>Il ne peut pas venir ce soir</i>	Estadio 2	Francés medio
<i>Il peut pas venir ce soir</i>	Estadio 3	Francés moderno coloquial

El estadio 1 correspondería a la expresión preverbal de la negación oracional mediante un marcador o inductor negativo. El estadio 2 correspondería a la expresión discontinua de la negación oracional: el marcador se debilita y se ve reforzado por algún otro elemento (grupo nominal o adverbio, siendo un minimizador una posibilidad). Dicho reforzamiento es inicialmente opcional, pero más tarde puede ser obligatorio. El estadio 3 correspondería a la expresión postverbal de la negación oracional: el marcador preverbal llega a ser opcional, y eventualmente puede llegar a desaparecer del uso.

**16** Por ejemplo, ya en latín tardío parece que se usaban los minimizadores como refuerzo de la negación (Rueda 1997, 266; Grieve-Smith 2009, 9–13). En Van der Auwera (2009), Willis/Breitbart/Lucas (2013), y Llop Naya (2017, 260–263) se recogen y sintetizan gran cantidad de lenguas y diversos ejemplos de elementos implicados en el ciclo de Jespersen.

**17** «Muchas veces el adverbio negativo va acentuado débilmente, porque alguna otra palabra de la frase lleva el acento principal. Pero cuando el elemento negativo se ha convertido en una mera sílaba proclítica e incluso en un sonido único, se siente como demasiado débil y tiene que reforzarse mediante alguna palabra adicional, y entonces ésta puede llegar a sentirse como la propia negación, que entonces puede verse sometida a la misma evolución de la palabra original» (Jespersen 1975, 408).

**18** Van der Auwera (2009, 42) señala precedentes a Jespersen. Así, Gardiner (1904, 134) ya había hecho referencia al proceso de renovación de la negación en el caso del francés, al hablar de las similitudes del proceso evolutivo de esta lengua con el egipcio y el copto. De igual forma, Meillet (1912, 393) estudia los sistemas negativos del latín, francés y alemán, y hace referencia al proceso de renovación de la negación en francés.

Han sido muy discutidas las fases o estadios del proceso,<sup>19</sup> llegando a proponerse cuatro, cinco e incluso seis fases en su desarrollo. Estas otras fases añadidas serían fundamentalmente estadios de transición, y puede ser importante su reconocimiento porque (Meisner/Stark/Völker 2014, 2) pueden representar los estadios de variación lingüística que permiten que el cambio ocurra (Mosegaard Hansen/Visconti 2014, 2):<sup>20</sup>

Estadio 0 [Latín clásico]	<i>non dico</i>	El elemento de negación es preverbal
Estadio 1	<i>je ne dis</i>	El negador preverbal se reduce fonéticamente
Estadio 2	<i>je ne dis (pas)</i>	La negación preverbal se ve opcionalmente complementada por un elemento postverbal
Estadio 3	<i>je ne dis pas</i>	El elemento postverbal se gramaticaliza como parte de un negador discontinuo ligado al verbo
Estadio 4	<i>je (ne) dis pas</i>	El elemento de negación preverbal original llega a ser opcional
Estadio 5 [¿francés futuro?]	<i>je dis pas</i>	El elemento de negación es postverbal
Estadio 6 [francés criollo de Louisiana]	<i>mo pa di</i>	El elemento de negación postverbal emigra a la posición preverbal

También ha sido muy discutida la explicación al proceso señalada por Jespersen, pues Jespersen liga el debilitamiento del marcador de negación preverbal a una reducción fonética. Según Jespersen, ante dicho debilitamiento se puede aumentar el volumen fonético del marcador y reforzar el valor negativo de la oración para hacerla más impactante (Jespersen 1966, 14s.). Este reforzamiento puede hacerse a través de una palabra añadida (un minimizador, por ejemplo) que, con el tiempo, acaba perdiendo su valor inicial y mediante un proceso de blanquea-

<sup>19</sup> La bibliografía al respecto es muy abundante, sirva de orientación el trabajo de Van der Auwera (2009), donde se presenta una panorámica muy clara y exhaustiva de los diferentes enfoques hechos sobre el ciclo de Jespersen.

<sup>20</sup> Tal y como señalan Mosegaard Hansen/Visconti (2014, 2), los estadios 0 y 6 no representan la lengua francesa propiamente, ni tan siquiera hay necesidad para el francés de desarrollarse como se hipotetiza en el estadio 5. Mientras ciertos dialectos (québécois, por ejemplo) parecen haber eliminado el marcador *ne* en el habla conversacional, éste sigue siendo normativamente usado en textos escritos de dichos dialectos. Todo ello quiere decir que quizás el estadio 5 nunca vaya a ser ejecutado del todo.

miento semántico se convierte en la negación oracional no marcada. Sin embargo, múltiples estudios<sup>21</sup> han considerado que la aparición de una marca de negación postverbal no tiene por qué relacionarse con el debilitamiento fonético de la marca preverbal,<sup>22</sup> sino con la aparición de otros tipos de negación distintos a la marcada, y, por tanto, con los fenómenos semánticos y pragmáticos ligados a esta nueva marca. Uno de estos planteamientos alternativos defiende la noción de *énfasis*,<sup>23</sup> al considerar que lo que comienza el proceso no es el debilitamiento de la marca de negación original, sino un uso enfático a través del reforzamiento de la palabra añadida (y su blanqueamiento semántico) (Van der Auwera 2009, 41). En realidad, la asociación de negación y énfasis parece ser una constante universal (Schwegler 1990, 158). Así, el refuerzo enfático que hace un minimizador negativo postverbal es inicialmente un refuerzo de tipo intensivo (es decir, con rasgos de cuantificación asociados). Para poder participar en el ciclo de Jespersen la marca intensiva tiene que perder los rasgos de cuantificación y reanalizarse sintácticamente en una posición funcional asociada al énfasis de la polaridad, y todo ello con una serie de restricciones pragmáticas (principio escalar de Fauconnier y convencionalización del significado negativo). De esta forma, una lengua llega al segundo estadio del ciclo de Jespersen cuando dispone de dos tipos de negación: por un lado, una negación no marcada, canónica, y, por otro, una negación marcada, enfática presuposicional, resultado del uso adicional de una marca postverbal. Desde el momento en que la negación en dos partes se generaliza y pierde el carácter marcado porque vence el continuo de restricciones pragmáticas que limitaban el uso generalizado, se extiende a todos los contextos negativos. Es en estos momentos cuando se considera que se produce el paso al tercer y cuarto estadio del proceso, pues la negación pasa a asociarse a la marca postverbal, y paralelamente se va produciendo un debilitamiento fonético progresivo del elemento preverbal. La desaparición posterior del elemento preverbal y el uso de la marca postverbal como marca de negación oracional única y de tipo no marcado constituyen el último estadio del proceso, si bien no tiene por qué ser el último estadio, pues, como señala el estadio 6 posible, la marca postverbal puede ocupar la posición preverbal y reiniciar el ciclo. En definitiva, la motivación para el

---

21 Por ejemplo, Kiparsky/Condoravdi (2006) señalan que el debilitamiento fonético es un fenómeno demasiado general para explicar las propiedades específicas del esquema de cambio que el ciclo de Jespersen supone. Y en Muller (1991, 207–218) se pueden encontrar argumentos frente al papel de la reducción fonológica en el proceso.

22 Zeijlstra (2016, 287) propone que el debilitamiento fonológico no provoca el cambio morfosintáctico, sino que es el resultado del mismo. Además, el debilitamiento fonológico no conduce necesariamente al desarrollo de una nueva negación (De Clerq 2016, 53).

23 El propio Jespersen (1966, 4s.) también comentó como factores facilitadores de renovación la voluntad de marcar un cierto énfasis y contraste.

ciclo consiste en mantener el contraste entre negación enfática y neutra (Chatzopoulou 2013, 37).

Hemos comentado al inicio del subapartado que la RAE establece como minimizadores elementos como los siguientes: monedas de escaso valor, sustantivos que designan piezas, medidas y cantidades de valor reducido, verduras, frutas y legumbres, animales, medidas o magnitudes insignificantes, y algunos sustantivos malsonantes (RAE 2009, 3679–3681). Es difícil dar cuenta de todos los espectros semánticos en que pueden organizarse los minimizadores. Piénsese, a modo de ejemplo, que, simplemente con el verbo *valer*, hemos inventariado alrededor de 130 tipos distintos de minimizadores. Por todo ello, me parece preferible diferenciar previamente, siguiendo a Pinto (2015, 112), entre minimizadores partitivos y minimizadores valorativos.

Se consideran partitivos todos aquellos que tienen su origen en nombres comunes con propiedades escalares y que designan la parte más pequeña de un todo. Estos minimizadores partitivos pueden aparecer introducidos por determinantes (y en otras lenguas románicas distintas del español por sintagmas preposicionales que hacen referencia al todo respecto del cual el minimizador indica la parte). Entre los minimizadores partitivos podemos encontrar algunos que pueden aparecer dentro de una estructura pseudopartitiva explícita, como por ejemplo *gota* (*gota de sangre*), *grano* (*grano de mijo*), etc. Hay también otros minimizadores partitivos que ya en latín indicaban una cantidad mínima en relación con una medida estandarizada y no necesitan hacer explícito el todo del que forman parte, como por ejemplo el caso ejemplificado anteriormente en francés con *pas*, ‘paso’, o en español *paso* o *paja*, si bien puede ser difícil diferenciar este subgrupo de los valorativos.

Los minimizadores valorativos provienen de nombres que denotan realidades de valor ínfimo o dimensiones muy pequeñas. Normalmente aparecen introducidos por determinantes indefinidos y sin modificadores asociados. Rueda (1997, 268) constata que este tipo de minimizadores se usan primordialmente con verbos de estimación y aprecio: *valer*, *importar*, *preciar*, *dársele a uno algo*, etc. Dentro del conjunto de minimizadores valorativos, tanto Rueda (1997, 270–293) como Coterillo (2007, 357) hacen distintas clasificaciones, siendo especialmente relevantes elementos del mundo vegetal (*bledo*, *pepino*, *pimiento*, etc.), monedas (*pepión*, *cornado*, *real*, etc.), etc. Todos estos términos son muy interesantes porque ponen de manifiesto los esquemas valorativos de cada momento histórico.

Pero en el repertorio de minimizadores, como ya señalaba la RAE, también debemos incluir un tercer grupo que son los de tipo vulgar o tabú.<sup>24</sup> Este grupo de

<sup>24</sup> San Segundo (2017, 14) incluye los vulgares dentro de los valorativos (insignificantes, vulgares y monedas). No obstante, debido al funcionamiento peculiar de estos minimizadores, hemos pre-

minimizadores<sup>25</sup> se pueden considerar elementos con una naturaleza escalar que permite asociarlos a un valor cuantificativo mínimo. Evidentemente la escala evaluativa es de naturaleza metafórica, en tanto que esos elementos vulgares son valorados negativamente debido al desprecio que comportan. Ya señalaba Möhren (1980, 8) que la utilización de minimizadores es en el fondo un procedimiento de comparación: el elemento comparado (el sujeto de la construcción) es puesto en relación (es comparado) con un minimizador (el comparante). Tenemos, pues, la posibilidad de varias comparaciones: la comparación implícita propia de la metáfora, y la comparación implícita propia de la escala evaluativa. Evidentemente la comparación con el minimizador puede hacerse también de forma explícita, por medio de un término comparativo como *cuanto*, *como* o *que*, por ejemplo, pero, siguiendo aquí el criterio de Möhren (ib., 9), rechazamos las comparaciones explícitas con elementos minimizadores y no las hemos incluido en nuestro análisis de minimizadores.<sup>26</sup> En la comparación, es posible negar, minimizar o ridiculizar el valor, la importancia o el fundamento de cualquier cosa, de ahí que la comparación con un elemento tabú o vulgar logre también ese efecto, en tanto que si el comparante es un elemento vulgar, ridículo, de desprecio, o negativo, viene ligado al comparado por un verbo que expresa el tertium comparationes: el valor, la estima, la importancia, la cantidad, etc. La comparación se establece en el nivel más bajo o mínimo de la escala, y sirve para negar el valor, la estima, la importancia, etc. del elemento comparado, de ahí su importancia en la fase de refuerzo del enunciado negativo de la oración en el ciclo de Jespersen.

Los minimizadores vulgares o tabú han sido también tratados en inglés, destacando que si bien en un principio pueden ser usados como refuerzos enfáticos de oraciones negativas, pueden acabar siendo usados como únicos exponentes de la negación, sin la marca de la negación preverbal, y aportando un valor enfático a la oración (Horn 2001; Postal 2004, 159–172; Hoeksema 2009, 20ss.; Van der

---

ferido diferenciarlos, aun dejando constancia de la vinculación con los valorativos al tratarse de elementos normalmente despreciables, por vulgares o tabú.

**25** Parece especialmente relevante el hecho de que este grupo tenga un especial incremento en el uso y el número de los mismos en el español contemporáneo, o, mejor, en los corpus del español contemporáneo, ha aumentado, no sé si por una hipotética manera de compensar la pérdida de elementos valorativos o, simplemente, debido al tipo de textos utilizados para elaborar los corpus. En cualquier caso, podemos citar ejemplos como los siguientes: *chingada*, *pincho*, *huevo*, *carajo*, *coño*, *cipote*, *pijo*, *guañano*, *cojón*, *zoraca*, *culo*, *mierda*, *cuesco*, etc.

**26** Por otro lado, en nuestro corpus de construcciones con *un huevo* no hemos encontrado ninguna construcción comparativa explícita con *un huevo* como minimizador. Si acaso, podemos encontrar algún ejemplo más cercano al valor de *huevo* como sustantivo cuantificador: «Dormían la siesta, se acostaban a las dos de la madrugada, engordó como un huevo de pienso» (Siale Djangany, José Fernando, *Casual footprint*, in: id., *En el lapso de una temura*, 2011).

Auwera 2009, 48s.; De Clerq 2011). Ahora bien, parece que el uso de los minimizadores vulgares<sup>27</sup> en inglés es algo diferente del resto de minimizadores (Hoeksema 2009, 20), en primer lugar, porque no llevan determinante, y en segundo lugar porque pueden aparecer sin inductor negativo preverbal:

*Claudia saw squat.*  
*Claudia did not see squat.*  
*Claudia discovered dick.*  
*Claudia did not discover dick.*

Sin embargo, este no es el caso del español, pues los minimizadores vulgares del español no se distinguen formalmente del resto de minimizadores partitivos o valorativos, al necesitar del determinante *un/una*, y, al igual que ocurre con muchos otros minimizadores, pueden aparecer sin inductor negativo preverbal. Y, por otro lado, frente al uso infrecuente en inglés que señala Hoeksema (2009, 22), en español son tan frecuentes como cualquier otro minimizador muy habitual (por ejemplo, *carajo* o *mierda*).<sup>28</sup>

Quizás podríamos concluir con la idea de Poletto (2016, 837) de que si bien el ciclo de Jespersen parece ser un desarrollo universal posible de marcadores de negación, puede ser desencadenado por un conjunto complejo de propiedades no siempre presentes en las lenguas románicas, ni en la misma medida, de forma que cada lengua tiene propiedades independientes que han acelerado, ralentizado o bloqueado el ciclo de Jespersen, algo también esbozado por Larrivé (2011) al preferir una amplia concepción de «vías de cambio» mejor que un ciclo. En definitiva, según palabras de Van der Auwera (2010, 101), el proceso es lo suficientemente complejo como para justificar el poder hablar de «ciclos» más que de «ciclo».

El funcionamiento de *un huevo* con el significado equivalente a ‘nada’ no viene recogido por el diccionario de la RAE. Tampoco creo que surja por una relación irónica con el anterior valor cuantificador evaluativo positivo. Hemos encontrado 30 ejemplos de *un huevo* con este uso, siempre en combinación con el verbo *importar*, no tiene posibilidad de combinación con otros verbos. Existe también la construcción *chupar un huevo*, con 19 ejemplos en los repertorios de la RAE, que tiene el mismo significado, pero es propia del español americano de Argentina,

<sup>27</sup> Sirva de ejemplo el siguiente listado de Postal (2004, 159): *beans, crap, dick, diddley, diddley-poo, diddley-squat, fuch-all, jack, jack-shit, jack-squat, piss-all, poo, shit, shit-all, squat*.

<sup>28</sup> En cuanto a la restricción señalada por Schwenter (2006, 330) para el inglés, según la cual no combinan bien con todos los verbos (*I don't sleep jack*), parece que el español es menos restrictivo en ese sentido (*no duermo una mierda últimamente*).

Perú e Uruguay.<sup>29</sup> Así pues, este nuevo uso de *un huevo* se distingue formalmente del anterior uso evaluativo de *un huevo* por la combinación exclusiva con el verbo *importar* (y su variante *chupar* en Sudamérica).

Lo que sí tiene variación es que la construcción vaya con un inductor negativo (fundamentalmente *no* delante del verbo) o tenga simplemente la presencia de *un huevo*<sup>30</sup> como elemento de negación. La distribución en estos casos es la siguiente: son 3 los casos de inductor negativo y *un huevo* como minimizador, y 27 los de negación simple mediante minimizador. Por otro lado, la temporalidad de los mismos no aporta luz sobre la distribución: se trata de un minimizador actual, pues su uso se constata en la segunda mitad del siglo XX. Además, no aparecen primero los ejemplos con inductor negativo (como el ciclo de Jespersen podría hacer creer), pues los primeros ejemplos acreditados solo comportan un ejemplo de doble negación, y los otros dos se distribuyen aleatoriamente en el tiempo, y destaca el hecho de que el primer ejemplo constatado sea sin inductor negativo:

La verdad es que el mundo me importa un güevo. ¿Tú me entiendes? (García Pavón, Francisco, *El reinado de Witiza*, 1968).

¡Ya te he dicho que no le importo a nadie un huevo! ¿Quién coño crees que podría venir a verme? (Ortiz, Lourdes, *Luz de la memoria*, 1976).

y vosotras dos le importáis un huevo (Mendizábal, Rafael, *Mala yerba*, 1989).

Le importaba tres cojones que fuera vecino del míster, y ni un huevo el papel ese (Naveros, Miguel, *Al calor del día*, 2001).

sin importarles un huevo el código de contravención y levantando la ira de los vecinos de clase media (Cucurto, Washington, *El curandero del amor*, 2006).

Ahora bien, si abrimos el ámbito de uso a la combinación del verbo *importar* con minimizador a lo largo de la historia del español, comprobamos que se trata de una interesantísima construcción, pues es muy habitual y, curiosamente, son mucho más habituales los usos negativos con minimizador que los usos negativos con negación y minimizador. Adjuntamos a continuación una tabla que resume

**29** A los 80 mil franceses les chupaba un huevo si era uruguaya o argentina; a los 50 mil uruguayos, lo único que les importaba era que era uruguaya (Kairuz, Mariano, *PRENSA Página/12*, 2005.02.27).

—¡Me chupa un huevo! —dijo Gustavo Parker—. ¡Me chupa un huevo y la mitad del otro cómo quedemos o no quedemos ante la opinión pública! (Bayly, Jaime, *La lluvia del tiempo*, 2014).

«A mí el desorden me chupa un huevo», le dije yo (Núñez, Matías, *Yugoslavia*, 2014).

**30** Según Camús (2006, 1226) la evolución de las palabras negativas españolas no refleja de forma adecuada el ciclo de Jespersen, pues no se produce el debilitamiento y la pérdida de la negación preverbal, es decir, de los rasgos fuertes de la negación, a pesar de la existencia de refuerzos (los minimizadores, por ejemplo) con valor progresivamente más negativo en posición postverbal. Los datos que nosotros exponemos a continuación contradicen el planteamiento de Camús, si bien son pocas las construcciones que van a posibilitar dicho paso.

históricamente los usos de *importar* + minimizador acreditados en los corpus de la RAE:

	Negación preverbal y minimizador	Solo minimizador	
1550-1600	1	0	1
1601-1650	10	0	10
1651-1700	2	0	2
1701-1750	0	1	1
1751-1800	10	13	23
1801-1825	2	1	3
1826-1850	6	2	8
1851-1875	5	8	13
1876-1900	23	26	49
1901-1925	9	18	27
1926-1950	19	39	58
1951-1975	26	101	127
1976-1985	19	82	101
1986-1995	21	183	204
1996-2005	81	415	496
2006-	60	506	566
	<b>294</b>	<b>1.395</b>	<b>1.689</b>

De hecho, comprobamos que es en el siglo XVIII cuando aparece la construcción exclusiva con minimizador, siendo en un principio minoritaria. Hasta finales del siglo XIX parece que simultanean las dos construcciones de forma más o menos proporcional, y a partir del siglo XX empieza a aumentar exponencialmente el uso de la construcción exclusiva con minimizador, de forma que desde la segunda mitad del siglo XX es muchísimo más habitual este tipo de uso que el dado con doble negación, lo cual está en sintonía con la distribución de usos que hemos visto con *un huevo* como minimizador: 3 vs. 27. Así pues, analizado aisladamente el caso de *un huevo* como minimizador no parece ser muestra del funcionamiento del ciclo de Jespersen, por cuanto son muy pocos los ejemplos con inductor negativo, y se acreditan prácticamente de forma simultánea los usos con doble negación y los usos exclusivos con minimizador, e incluso estos últimos parecen darse antes en el tiempo. Ahora bien, si consideramos la construcción con el verbo *importar* + *minimizador* en su conjunto aporta otra luz al planteamiento, pues

como construcción en la que lo nuclear es el verbo *importar* + *minimizador*, pudiendo este último ser muy variado (partitivo, valorativo y vulgar), sí parece reflejar temporalmente una similitud con el ciclo de Jespersen: los primeros ejemplos acreditados son del siglo XVI y hasta el XVIII siempre tiene que aparecer un inductor negativo (pudiendo variar el minimizador elegido: *paja*, *clavo*, *ardite*, *arveja*, *blanca*, *pelo*, *bledo*, etc.). A partir del XVIII se simultanean los usos con inductor negativo y los usos solo con minimizador, y ello es así prácticamente durante los siglos XVIII y XIX. A partir del siglo XX empieza a aumentar la frecuencia en el uso de la construcción exclusiva con minimizador, y ya en la segunda mitad del XX, hasta la actualidad, los porcentajes llegan a ser superiores al 500% en el uso de la construcción exclusiva con minimizador. De igual forma, la clase de minimizadores va aumentando, y el conjunto de los mismos se hace muy amplio, pues hay constatados más de un centenar de elementos minimizadores diferentes con el verbo *importar*, siendo los más comunes *bledo* (36+317),<sup>31</sup> *comino* (54+196), *rábano* (18+120), *pito* (27+140), *carajo* (39+191) y *mierda* (17+82).

Así pues, considerada en su conjunto, la construcción *importar* + *minimizador* parece dar cuenta del denominado ciclo de Jespersen, pues actualmente parece situarse en la fase 4 del esquema señalado anteriormente, donde el elemento de negación preverbal original llega a ser opcional, y es claramente dominante el minimizador como marca de negación.

Para poder tener una visión más amplia de la construcción, y su consideración como ejemplo del ciclo de Jespersen, creo que merece la pena contrastar también los datos de otros verbos de estimación y valor habituales con minimizador como son *valer*, *darse* y *preciar*:

El caso de *preciar* solo lo hemos encontrado en la Edad Media, y todos los usos son con doble negación:

	Negación preverbal y minimizador	Solo minimizador	
Siglo XII	1	0	1
Siglo XIII	4	0	4
Siglo XIV	8	0	8
	<b>13</b>	<b>0</b>	<b>13</b>

<sup>31</sup> La primera cifra viene referida al número de usos con marcador negativo y la segunda al número de usos con minimizador exclusivamente. Solo están incluidos los ejemplos con determinante *un/una*.

El verbo *darse* con minimizador es mucho menos habitual que *importar* y confirma que el uso negativo exclusivo con minimizador se documenta en el siglo XVIII. Y al igual que ocurría con *importar*, parece ser la época actual en la que hay un aumento significativo del empleo exclusivo con minimizador:

	Negación preverbal y minimizador	Solo minimizador	
Siglo XVI	23	0	<b>23</b>
Siglo XVII	73	0	<b>73</b>
Siglo XVIII	6	1	<b>7</b>
Siglo XIX	12	12	<b>24</b>
Siglo XX	12	11	<b>23</b>
Siglo XXI	0	6	<b>6</b>
	<b>126</b>	<b>30</b>	<b>156</b>

*Valer* también confirma que es el siglo XVIII el momento en el que se atestigua el uso negativo exclusivo con minimizador, si bien en este caso sigue siendo preponderante el empleo con doble negación, aunque aumenta mucho en la época actual el uso exclusivo con minimizador:

	Negación preverbal y minimizador	Solo minimizador	
Siglo XII	1	0	<b>1</b>
Siglo XIII	25	0	<b>25</b>
Siglo XIV	21	0	<b>21</b>
Siglo XV	15	0	<b>15</b>
Siglo XVI	57	0	<b>57</b>
Siglo XVII	51	0	<b>51</b>
Siglo XVIII	15	2	<b>17</b>
Siglo XIX	65	3	<b>68</b>
Siglo XX	94	9	<b>103</b>
Siglo XXI	89	38	<b>127</b>
	<b>433</b>	<b>52</b>	<b>485</b>

Así pues, de las muestras consideradas concluimos que la construcción estimativa con negación y minimizador está desde los orígenes del idioma. Es en el si-

glo XVIII cuando se documenta la presencia de construcción negativa solo con minimizador, uso que ha ido haciéndose cada vez más habitual, especialmente en la época actual, y en algún caso, con el verbo *importar*, es extraordinariamente frecuente. Todo ello se adapta perfectamente al caso considerado de *un huevo* como minimizador, considerando el elemento minimizador como una variable que puede ser rellenada por muy diversos elementos: partitivos, valorativos y vulgares, de forma que el funcionamiento de *un huevo* se explica por analogía con otras construcciones con minimizador del verbo *importar*.

Pero el funcionamiento de *un huevo* como elemento de negación no acaba en la descripción anterior. Es muy interesante que también pueda documentarse una construcción como *¡Y un huevo!*, señalando rechazo expresivo del hablante hacia lo dicho por el interlocutor y pudiendo funcionar como negación de lo referido. Asensio (1998, 207) incorpora como expresiones de rechazo el esquema *[Y] un/una + sustantivo*. En los corpus de la RAE encontramos 9 ejemplos:

—Se aman apasionadamente —murmura Paulino. —¡Y un huevo! ¡Cállate de una vez! (Marsé, Juan, *Rabos de lagartija*, 2000).

FER.— (*Más animado*) Un momento. Esto que acabas de decir invalida tu decisión. Estamos como al principio.

Javier.— ¡Y un huevo!

Fer.— Sin haberlo pretendido he hecho algo que un psicólogo no debe permitirse con ninguno de sus pacientes: he dirigido su elección (Galán, Eduardo/Gómez, Pedro, *La curva de la felicidad o la crisis de los 40*, 2004).

Incluso llegamos a encontrar un ejemplo en el que aparece un adjetivo reforzando la negación, y dos ejemplos más en los que aparece la forma apreciativa *huevete*, pero siguen funcionando igual que antes, es decir, se trata de un rechazo expresivo del hablante hacia lo dicho por el interlocutor:

—Casi me asfixio de lo triste. —Pepito era capaz del sarcasmo—. ¿Dónde se ha metido la puta gamba? Tú, hace un rato, bien callado que estabas y te has jalado cuatro. Y había seis...

—¡Y un huevo español! (Casavella, Francisco, *Los juegos feroces*, 2002).

Presentador: Lo dicen todos.

Turulato Gimeno: Pues yo contesto: ¡y un huevete! (Especialistas secundarios, *Podría ser peor*, 2010).

Pero lo más llamativo me parece un ejemplo en el que, continuando el valor expresivo de la construcción al aparecer en exclamación, la construcción encabeza como negación una oración de forma inmediatamente anterior al verbo:

¿Es que no crees que ya tengo bastante con estar parado, cobrando el puto subsidio que no llega ni para empezar, comiéndonos los ahorros, contigo todo el día dando la coña, que si

salgas a buscar, que si mires en el periódico, que si hables con mi hermano...? ¡Y un huevo voy a hablar con ese baboso, ni aunque me dé el mejor trabajo del mundo...! (Laforet, Silvia, *Dónde puedo alquilar una primavera*, 2015).

Tenemos, pues, una construcción con un fuerte valor expresivo y enfático, debido a la exclamación y al valor coloquial-vulgar de la construcción, en la que antepuesto al verbo (*voy a hablar*) funciona como negación del mismo.

Evidentemente la posibilidad de este uso exclamativo de *un huevo* minimizador no es exclusivo del mismo, sino que es factible con otros minimizadores, especialmente vulgares, aunque no exclusivamente. Y el enlace semántico con *y* es totalmente opcional, aunque es habitual su uso para destacar que lo dicho por el hablante está conectado con lo señalado de forma inmediatamente anterior por el interlocutor:

Manu.— ¡Y una mierda se acabó! (Romero Gárriz, Juanma, *Árbol adentro*, 2015).  
 No importan esas cosas en este momento, si se retrasan un mes... Y un carajo, que hay gente muriéndose en estos momentos allá (Ferraro, Julián, *Geeks japoneses y de todo el mundo se movilizan por el terremoto*, Nación.cl. PRENSA, 2011.03.11).  
 Piedad Debe ser para limpiarlo. Trini ¡Y una leche para limpiarlo! (Caballero, Ernesto, *Squash*, 1988).

Asensio (1998, 207) señala como posible origen para estas construcciones la expresión *Y un jamón*, usada irónicamente con el sentido de ‘sí, de acuerdo, y además un jamón’. No me parece correcta esa posibilidad, pues el primer ejemplo que hemos acreditado de *y un jamón* usado negativamente es de 1927, con ejemplos habituales desde entonces:

La Sini ¡Ahora sales con esa petenera!  
 El Golfante ¡Mis principios!  
 La Sini ¡Y un jamón! (Valle Inclán, Ramón María del, *La hija del capitán (Martes de carnaval)*, 1927).  
 —Y un jamón... Podemos salir de guatemala pa entrar en guatepeor (Serpa, Enrique, *Contra-bando*, 1938).

Ahora bien, el uso de minimizadores, especialmente vulgares o tabú, como elementos de rechazo y negación es muy anterior. De hecho, encontramos ejemplos en los siglos XVII, XVIII y XIX:<sup>32</sup>

<sup>32</sup> En el siglo XVII ya encontramos la construcción con minimizador *no dársele un diablo*, y en el XVIII *no importar un diablo* y *no valer dos diablos sisados*. Del XVIII son también las primeras acreditaciones de *no valer un demonio* y *no valer un cuerno*.

Dato Una mujer.

Franco Pues esperémosla.

Dato ¡Un diablo! Que hay cadena aquí más gorda que rosario de ermitaño.

Franco ¡Espera! (Moreto, Agustín, *El lego del Carmen. San Franco de Sena*, 1652).

Pues, por amor de Dios, luego se vea si convienen mujeres en la aldea, y lo primero que hay matrimonio; porque estar sin mujeres ¡un demonio! (Cruz, Ramón de la, *El pueblo sin mozas*, 1761).

Chusco. Saca la espada y riñamos.

Francés. ¿Yo reñir por las mujeres? ¡Un dimoño! (Anónimo, *La potajera ola callera. Tonadilla a tres*, 1780).

¿Y que toda vida les han de servir de esclavos los arrendatarios? ¡Un cuerno! ¡que pasen unos días, y veremos si la riqueza no se les vuelve jabón en las manos! (Díaz Castro, Eugenio, *Manuela. Novela de costumbres colombianas*, 1858).

Según la documentación que hemos recogido, el origen de la construcción parece que está vinculado con el uso del minimizador como elemento despectivo de poco valor, o burlesco, referido a algún sujeto como destinatario. El desprecio (o la burla) es usado como elemento de rechazo. Y el rechazo será utilizado como negación:

sino que me favorezca Su Majestad para entender por descanso lo que es descanso, y por honra lo que es honra, y por deleite lo que es deleite, y no todo a él revés, y ¡una higa para todos los demonios!, que ellos me temerán a mí (Santa Teresa de Jesús, *Libro de la vida*, 1562–1566).

Al cabo de este cartel estaban muchas veces replicada aquella palabra escandalosa de Lutero, «Trotz, trotz», que en lengua tudesca es palabra de menosprecio, como acá si dijésemos «Una higa para ellos» (Sandoval, Fray Prudencio de, *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, 1604–1618).

Marcela. Di que la condesa es fea.

Teodoro. Y un demonio para mí (Vega Carpio, Lope de, *El perro del hortelano*, 1613).

Así pues, el origen de la construcción parece estar en el uso de algunos minimizadores como elementos despectivos o burlescos hacia algún sujeto. Del desprecio se llega al rechazo, y del rechazo a la negación, pues son conceptos metonímicamente ligados. Es por ello que los elementos tabú o vulgares sean más propicios a este tipo de usos, aunque no son los únicos, evidentemente. Los elementos más comunes que hemos encontrado para este tipo de usos son los siguientes: *demonio*, *diablo*, *cuerno*, *carajo*, *rábano*, *culo*, *leche*, *mierda*, *coño*, *cornu*, *prisco*, *pepino*, *higa*, *porra*. No obstante, la posibilidad de expresión de minimizadores es mucho mayor que la atestiguada.

Por otro lado, si bien no hemos encontrado ejemplos en los corpus estudiados, Asensio (1998, 216) señala que ha documentado en el habla infantil la expresión *¡Me importa!*, querido significar con ello ‘no me importa nada’:

- ¿No me dejas jugar con tu muñeca? ¡Pues no te «ajunto»!  
 —¡Me importa!

Curiosamente, Llop Naya (2017, 101) constata este mismo hecho para el catalán, y comenta que entre los hablantes más jóvenes de catalán existe la tendencia a construir frases con sentido negativo con el verbo *importar* mediante el uso exclusivo y único de la primera persona del singular del presente de indicativo, sin el operador *no*: *m'importa*, significando 'no m'importa'.

De alguna forma, parece como si *importar* tuviera la tendencia a identificar su significado con el valor negativo, lo cual explicaría la proporción extraordinaria de usos con minimizador sin inductor negativo. Esta valoración negativa de *importar* puede verse corroborada por las siguientes pruebas (Asensio 1998, 216–218):

- a) Existe la construcción *¿y [a x] qué [le/te...] importa?* Se trata de una construcción interrogativa marcada en la que el hablante presupone que el sujeto no es de interés (no importa) para el dativo. Dicha construcción puede enfatizarse aún más con términos vulgares y malsonantes intercalados tras el interrogativo: *¿y a ti qué cojones/coño... te importa?* En ocasiones el verbo *importar* puede desaparecer de la construcción, o ser sustituido por un verbo de lengua (*contar*, *decir*, etc.) o algunas otras variaciones, pero en estos casos, más que indicar negación, la construcción señala indiferencia (consecuencia de *no importar algo*, evidentemente):

- Julia sigue enferma —dijo al fin Andrés.  
 —¿Y a mí qué? Contestó Fidel alzando el labio superior con gesto de despreocupación (Guelbenzu, José María, *El río de la luna*, 1981).

- b) La construcción *[Le/te...] importará [a él/ti...] mucho* es muy parecida a la anterior, si bien el verbo *importar* suele estar ahora en futuro (no en presente como en la construcción anterior), hay un cambio de modalidad (de interrogativa a asertiva), y en lugar del interrogativo *qué* aparece el cuantificador *mucho*. El significado también es negativo: *me importará a mí mucho*.

Así pues, lo que hemos comprobado con la construcción *un huevo* como minimizador es que se adapta peculiarmente al denominado ciclo de Jespersen, pues no es tanto el grupo nominal *un huevo* como minimizador (o cualquier otro minimizador actual), sino la construcción *importar* + *minimizador* (y en general la construcción con verbos de estima y valoración) la que puede considerarse un ejemplo de las fases del ciclo de Jespersen. Tras nuestro análisis, hemos acreditado lo siguiente:

- a) Al construirse un verbo de estima y valoración con un elemento minimizador hace que este funcione como cuantificador indefinido, pudiendo ser originalmente difícil de delimitar si se está señalando en verdad una valoración o no.
- b) Debido a la comparación que efectúa el verbo de valoración, se produce una implicatura escalar: los contextos negativos facilitan la activación de propiedades pragmáticas escalares de los minimizadores, puesto que refieren elementos de pequeño tamaño o escaso valor que implican un valor escalar. Es decir, si la proposición no es cierta para la alternativa que se sitúa en el extremo inferior de la escala representada por el minimizador, tampoco lo será para las alternativas que ocupan el resto de puntos de la escala. Tras situar las construcciones en ese extremo de la escala, el principio escalar, mediante el cumplimiento de las implicaciones pragmáticas que conlleva, facilitaría el recorrido completo en esas escalas de dichas construcciones, terminando así por significarlas, o lo que es lo mismo, poniendo de manifiesto su comportamiento como términos de polaridad negativa.
- c) Al activarse la implicatura escalar que faculta al minimizador como término de polaridad negativa, la negación preverbal se ve opcionalmente complementada por un elemento postverbal, el cual se gramaticaliza como parte de un negador discontinuo ligado al verbo.
- d) A partir del siglo XVIII, el elemento de negación preverbal llega a ser opcional. Esta opcionalidad tiene distintos recorridos según el verbo. El caso del verbo *importar* (que es el único que se construye con *un huevo*) es el más llamativo, pues durante los siglos XVIII y XIX alterna la construcción con elemento de negación preverbal o sin ella, pero a partir del siglo XX, y especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XX, es mayoritaria la construcción en la que el elemento de negación es postverbal, pues no hay elemento de negación preverbal, siendo esta la construcción negativa no marcada para el verbo *importar* + *minimizador*.
- e) En la segunda mitad del siglo XX, y coincidiendo con el carácter no marcado de la construcción *importar* + *minimizador*, aparece como elemento enfatizador de la construcción negativa el esquema en el que el elemento de negación postverbal emigra a la posición preverbal. Este uso viene dado por la posibilidad de aparición del grupo nominal minimizador aislado exclamativamente como expresión de rechazo, desprecio o burla respecto de lo dicho anteriormente por otro interlocutor. Estos últimos usos están atestiguados desde el siglo XVII.
- f) No nos parece correcta la diferenciación de significado establecida por la RAE según la cual la construcción con minimizador significaría ‘muy poca cosa’ en ausencia de negación preverbal, mientras que equivaldría a ‘nada’ con la presencia de la negación preverbal. Ahora bien, desde el prisma del ciclo de

Jespersen, la construcción con negación preverbal supondría un énfasis o refuerzo de la negación, frente a la construcción sin inductor negativo preverbal. De igual forma, el uso del minimizador antepuesto al verbo expresa, sin duda alguna, énfasis, como queda demostrado por la modalidad exclamativa que lo acompaña. Es decir, en todos los casos se expresa negación.

- g) El funcionamiento de *un huevo* como minimizador en la construcción con el verbo *importar* debemos entenderlo dentro del conjunto de construcciones con minimizador que posibilita el verbo *importar*, pues es la construcción la que determina el valor de uso, y no tanto el grupo nominal *un huevo* en sí (algo que parece corroborar no solo la construcción con minimizador, sino otros esquemas actuales que hemos señalado). La presencia de elementos vulgares o tabú como marcas de negación parece algo habitual en español, y en principio acorde con el funcionamiento de los minimizadores en general, si bien su carácter vulgar, y el énfasis fonético que suelen aportar, parecen contribuir especialmente al reforzamiento de la negación. A diferencia de lo estipulado en el ciclo de Jespersen, no es un minimizador concreto (*un huevo*, por ejemplo) el que constituye una marca de negación enfática presuposicional que generaliza su uso a todo tipo de contextos de uso, sino que son ciertas construcciones con minimizadores las que lo hacen, siendo variable el tipo de minimizador. El caso de los minimizadores vulgares parece posibilitar un gran desarrollo en las fases de la negación.
- h) Cada tipo de construcción con minimizador manifiesta un funcionamiento diferente dentro del ciclo de Jespersen. Así, los verbos de estima y valoración, en los que hemos incluido *importar*, *valer* y *darse*, en general manifiestan un funcionamiento similar (el uso de *preciar* es solo medieval), al poder alternar la construcción con inductor negativo o sin él, pero es *importar* el elemento que más ha desarrollado las fases del ciclo de Jespersen. Otras clases de verbos con minimizador plantean también interesantes posibilidades en cuanto a su análisis bajo el prisma del ciclo de Jespersen (*no sabe una mierda*, *no entiendo un pijo*, etc.).
- i) La construcción *importar* + *minimizador* no muestra una correspondencia exacta con ninguna de las fases del ciclo de Jespersen,<sup>33</sup> en especial porque se da la presencia simultánea del uso de minimizador como refuerzo opcional de la negación (*no me importa / no me importa un huevo*), la opcionalidad del elemento de negación preverbal (*me importa un huevo*), y la anteposición de la palabra negativa (*un huevo voy a hablar con ese baboso*). Las tres fases se

33 Camús (2006, 1226) señala, creo que acertadamente, que la evolución de las palabras negativas españolas es una variante peculiar del ciclo de la negación.

dan simultáneamente, en un grado de variación mayor al de otras palabras negativas del español, que permiten simultáneamente en la actualidad su uso como refuerzo opcional de la negación (*no me importa / no me importa nada; no lo haré / no lo haré en la vida*), y la anteposición de la palabra negativa (*nada me importa; en la vida lo haré*).

- j) El funcionamiento de *un huevo* como elemento de negación tiene la particularidad de que cuando funciona pospuesto al verbo solo parece funcionar con el verbo *importar*. Sin embargo, cuando funciona antepuesto no parece tener límites en su combinatoria verbal. Este funcionamiento de *un huevo* es asimilable a otros minimizadores, especialmente vulgares (*una mierda, un carajo, etc.*).
- k) El uso del minimizador antepuesto no proviene directamente de su uso pospuesto, sino del uso del minimizador como elemento despectivo hacia algún sujeto. Desde el valor del desprecio se llega a la negación a través del rechazo. El acceso, pues, a esta fase del ciclo de Jespersen no parece, pues, motivada directamente a partir de las otras fases.
- l) Un problema añadido estriba en considerar si el valor de los minimizadores como refuerzo de la negación ajeno a un valor sustantivo pleno puede acreditarse como paso previo, o si el propio hecho de usar el minimizador ya implica directamente una implicatura a través de la escala pragmática dada. Es decir, ¿el minimizador es considerado en algún momento como sustantivo? Parece lógico pensar que en los contextos comparativos desechados (con *como, cuanto, que, etc.*)<sup>34</sup> el valor del sustantivo pueda ser pleno. Ahora bien, parece que cuanto más abstracto es el significado, más difícil es de considerar dicho valor pleno, así con los verbos *importar, preciar* y *darse*. No sé si quizás *valer* pudiera ser más propicio a considerar propiamente una comparación implícita con el valor propio del sustantivo, especialmente en los contextos positivos.<sup>35</sup> En cualquier caso, los repertorios lexicográficos del XVII ya constatan que en esa época el hablante era consciente de que el minimizador no era usado como sustantivo propiamente dicho, sino con un valor de refuerzo de la negación equivalente a *nada*.<sup>36</sup>

34 non dava por lazerio quanto valió un ajo (Anónimo, *Libro de Alexandre*, 1240–1250).

dixo que nol preçiaua quanto un gorrión (Anónimo, *Libro de Alexandre*, 1240–1250).

35 Es obra que en Madrid vale un duro, lo menos (Fernández de Moratín, Leandro, *Cartas*, 1796).

36 No se me da un klavo. No se me da nada. «No dársele a uno nada» es: no darle kuidado ni pena, ni inportarle, ni irlle en ello kosa alguna. No se me da dos bledos... dos chicos... dos chochos (Correas, Gonzalo, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, 1627).

No veo gota. No ver gota. Se á introduzido por: «No ver nada» (Correas, Gonzalo, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, 1627).

## 5 Conclusiones

La construcción *un huevo* representa un interesante ejemplo de *enantiosemia* en español, pues dos significados aparentemente contradictorios son expresados por una misma forma. Los dos son independientes y vienen motivados en su uso por mecanismos y orígenes distintos. Las dos construcciones son ejemplo de gramaticalización, debido a su fijación, y de subjetivación, pues adquieren un nuevo significado cuantificativo según la actitud o creencia del hablante sobre lo que se dice a partir de significados basados en situaciones extralingüísticas identificables más o menos objetivamente. Las dos construcciones, igualmente, serían muestra de expresividad, por su valor como cuantificadores indefinidos, por el carácter coloquial de las mismas, y por el valor contextual metafórico de la cuantificación.

La construcción *un huevo* puede funcionar como sustantivo cuantificador evaluativo con un significado equivalente a 'mucho'. Se trata de una construcción adverbial, de carácter fijo, que puede incidir en sustantivos, adjetivos o verbos, y viene acreditada a partir de la segunda mitad del siglo XX. *Un huevo*, desde el significado 'elemento que vale mucho', gramaticaliza y subjetiviza su uso como cuantificador evaluativo similar a 'mucho', dada la relación metonímica entre los dos conceptos. El cambio de significado viene dado por analogía con la expresión *un ojo de la cara*, en tanto 'objeto de valor', muy habitual en su combinación con *costar*, a semejanza de *un huevo*. La relación entre las dos construcciones viene también mediada por la construcción *un riñón* como 'objeto de valor', dada la relación metafórica existente entre las distintas partes del cuerpo, acreditada históricamente, y seguramente dada también la relación entre *riñones* y *testículos* como muestra de valor y valentía.

La construcción *un huevo* puede funcionar también como minimizador vulgar, pero construido exclusivamente con el verbo *importar*. Se trata también de una construcción que acredita su origen en la segunda mitad del siglo XX. Creemos que hay que distinguir su uso pospuesto al verbo del uso antepuesto al verbo, pues parecen surgir de forma independiente. El uso antepuesto al verbo no tiene limitación en la combinatoria verbal, y surge debido al uso de elementos vulgares o tabú como expresiones de rechazo. El uso pospuesto es abrumadoramente mayoritario sin inductor negativo preverbal, y coinciden en el tiempo los ejemplos con elemento negativo preverbal y sin él. Creemos que para entender el funcionamiento de *un huevo* como minimizador hay que analizar las construccio-

---

Dio una kastañeta. Para dezir ke no se le dio nada (Correas, Gonzalo, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, 1627).

nes con minimizador del verbo *importar*, y de los verbos de estima y valoración en su conjunto (*valer*, *preciar*, *dársele*). Su análisis revela que la construcción con minimizador e inductor negativo preverbal se acredita desde los orígenes del idioma, pudiendo entenderse como una muestra de énfasis o reforzamiento de la negación. En el siglo XVIII, ya consolidada de forma habitual la construcción con minimizador e inductor negativo preverbal, aparece como muestra de construcción marcada la construcción exclusiva con minimizador y valor negativo. A diferencia de las muestras habituales del llamado ciclo de Jespersen, no es exactamente un minimizador concreto el que representa distintas fases del mismo, sino propiamente la construcción con verbo de estima o valoración, que, según el verbo en cuestión, ha tenido distinta frecuencia de uso en las fases del ciclo. Así, la construcción con verbo de estima o valoración se manifiesta con dos muestras, con minimizador e inductor negativo preverbal, y exclusivamente con minimizador. Otras clases de verbos solo parecen acreditar la fase de minimizador e inductor negativo preverbal. Los usos de minimizadores vulgares antepuestos al verbo podrían ser prueba de una tercera fase en el ciclo de Jespersen, pero, en mi opinión, han llegado a este funcionamiento independientemente de las otras fases, pues su origen viene dado por el empleo de los minimizadores vulgares como expresión de rechazo, algo que no se limita construccionalmente a un tipo específico de clase verbal y es un uso previo históricamente a la aparición de la construcción con minimizador sin inductor negativo preverbal.

## 6 Bibliografía

- Asensio González, Juan José, *Fórmulas de negación sin partículas negativas*, in: Wotjak, Gerd (ed.), *Estudios de fraseología y fraseografía del español actual*, Frankfurt am Main/Madrid, Vervuert/Iberoamericana, 1998, 203–224.
- Asociación de Academias de la Lengua Española, *Diccionario de Americanismos*, <<http://www.asale.org/recursos/diccionarios/damer>> [última consulta: 30/01/2019].
- Bally, Charles, *El lenguaje y la vida*, Buenos Aires, Losada, 1967.
- Bolinger, Dwight, *Degree Words*, La Haya, Mouton, 1972.
- Bosque, Ignacio, *Sobre la negación*, Madrid, Cátedra, 1980.
- Bosque, Ignacio, *Procesos de abstracción en los paradigmas léxicos abiertos*, Pandora: revue d'études hispaniques 7 (2007), 189–198.
- Bybee, Joan/Perkins, Revere/Pagliuca, William, *The evolution of grammar*, Chicago, The University of Chicago Press, 1994.
- Camús Bergareche, Bruno, *La expresión de la negación*, in: Company, Concepción (ed.), *Sintaxis histórica del español 1: la frase verbal*, México, Fondo de Cultura Económica/UNAM, 2006, 1163–1249.
- Chatzopoulou, Katerina, *Re(de)fining Jespersen's cycle*, University of Pennsylvania Working Papers in Linguistics 19:1 (2013), 30–40.

- Company, Concepción, *La gramaticalización en la historia del español*, *Medievalia* 35 (2003), 3–61.
- Company, Concepción, *Gramaticalización por subjetivización como prescindibilidad de la sintaxis*, *Nueva Revista de Filología Hispánica* 52:1 (2004), 1–27.
- CORDE = Real Academia Española, *Corpus diacrónico del español (CORDE)*, <<http://www.rae.es>> [última consulta: 30/01/2019].
- Corominas, Joan/Pascual, José Antonio, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 1987.
- CORPES XXI = Real Academia Española, *Corpus del español del siglo XXI (CORPES)*, <<http://www.rae.es>> [última consulta: 30/01/2019].
- Coterillo, Sara Cristina, *El refuerzo de la negación mediante sustantivos de valor mínimo: una visión quijotesca*, *Moenia* 13 (2007), 341–360.
- CREA = Real Academia Española, *Corpus de referencia del español actual (CREA)*, <<http://www.rae.es>> [última consulta: 30/01/2019].
- Dahl, Östen, *Typology of sentence negation*, *Linguistics* 17 (1979), 79–106.
- De Clerq, Karen, *Squat, zero and no/nothing: Syntactic negation vs. Semantic negation*, in: Nouwen, Rick/Elenbaas, Marion (edd.), *Linguistics in the Netherlands 2011*, Amsterdam, Benjamins, 2011, 14–24.
- De Clerq, Karen, *The nanosyntax of French negation. A diachronic perspective: syntax, semantics and variation*, in: Cruschina, Silvio/Hartmann, Katharina/Remberger, Eva-Maria (edd.), *Studies on Negation. Syntax, Semantics and Variation*, Göttingen, V & R unipress/Vienna University Press, 2016, 49–80.
- De Smet, Hendrik/Verstraete, Jean-Christophe, *Coming to terms with subjectivity*, *Cognitive Linguistics*, 17:3 (2006), 365–392.
- Delbecque, Nicole/Verveckken, Katrien, *Conceptually-driven analogy in the grammaticalization of Spanish binominal quantifiers*, *Linguistics* 52:3 (2014), 637–684.
- DLE = Real Academia de la Lengua Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe, 2014.
- Dowty, David, *Thematic proto-roles and argument selection*, *Language* 67:3 (1991), 547–619.
- Fauconnier, Gilles, *Pragmatic scales and logical structure*, *Linguistic Inquiry* 6:3 (1975), 353–375.
- Gardiner, Alan H., *The word*, *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 41–42 (1904), 130–135.
- Ghesquière, Liesolette/Brems, Lobke/Van de Velde, Freek, *Intersubjectivity and intersubjectification. Typology and operationalization*, in: Brems, Liesolette/Ghesquière, Liesolette/Van de Velde, Freek (edd.), *Intersubjectivity and Intersubjectification. Grammar and Discourse*, Amsterdam, Benjamins, 2014, 129–153.
- Grieve-Smith, Angus, *The Spread of Change in French Negation*, Tesis doctoral, Universidad de Nuevo México, 2009.
- Gutiérrez Rodríguez, Edita, *Rasgos gramaticales de los cuantificadores débiles*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2008.
- Hallyday, Michael/Hasan, Ruqaiya, *Cohesion in English*, London, Longman, 1976.
- Heine, Bernd/Narrog, Heiko, *Grammaticalization and linguistic analysis*, in: iid. (edd.), *The Oxford Handbook of Linguistic Analysis*, Oxford, Oxford University Press, 2010, 401–424.
- Hernández González, Carmen, *Las expresiones con sustantivo de valor mínimo en la lengua judeoespañola*, *Ogigia* 13 (2013), 27–36.
- Hoeksema, Jack, *Jespersen recycled*, in: Van Gelderen, Elly (ed.), *Cyclical Change*, Amsterdam, Benjamins, 2009, 15–34.

- Hopper, Paul/Traugott, Elisabeth Closs, *Grammaticalization*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.
- Horn, Laurence R., *A Natural History of Negation*, Chicago, University of Chicago Press, 2001.
- Jespersen, Otto, *Negation in English and Other Languages*, København, Munksgaard, 1966.
- Jespersen, Otto, *La filosofía de la gramática*, Barcelona, Anagrama, 1975.
- Kiparsky, Paul/Condoravdi, Cleo, *Tracking Jespersen Cycle*, in: Janse, Mark (ed.), *International Conference of Modern Greek Dialects and Linguistic Theory 2*, Mytilene, Doukas, 2006, 172–197.
- Larrivé, Pierre, *Is there a Jespersen cycle?*, in: id./Ingham, Richard P. (edd.), *The Evolution of Negation. Beyond the Jespersen Cycle*, Berlin, De Gruyter Mouton, 2011, 1–22.
- Llop Naya, Ares, *La reanàlisi dels minimitzadors negatius en el contínuum romànic pirinenc*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, 2017.
- Martí i Girbau, Núria, *The Syntax of Partitives*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, 2010.
- Medina Granda, Rosa María, *Expresiones de valor mínimo y polaridad negativa en occitano antiguo. Elementos de comparación con otros romances medievales*, *Archivum* 50–51 (2001), 279–362.
- Meillet, Antoine, *L'évolution des formes gramaticales*, *Scientia* 12 (1912), 384–400.
- Meisner, Charlotte/Stark, Elisabeth/Völker, Harald, *Introduction to the special issue: Jespersen revisited: Negation in Romance and beyond*, *Lingua* 147 (2014), 1–8.
- Möhren, Frankwalt, *Le renforcement affectif de la négation par l'expression d'une valeur minimale en ancien français*, Tübingen, Niemeyer, 1980.
- Mosegaard Hansen, Majj Britt/Visconti, Jacqueline, *The diachrony of negation: introduction*, in: ead. (edd.), *The Diachrony of Negation*, Amsterdam, Benjamins, 2014, 1–11.
- Muller, Claude, *La négation en français. Syntaxe, sémantique et éléments de comparaison avec les autres langues romanes*, Genève, Droz, 1991.
- NTLE = Real Academia de la Lengua Española, *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española*, <<http://www.rae.es>> [última consulta: 30/01/2019].
- Pinto, Clara, *Para a história da negação: o minimizador homem no português antigo*, *Estudos de Lingüística Galega* 7 (2015), 109–123.
- Poletto, Cecilia, *Negation*, in: Ledgeway, Adam/Maiden, Martin (edd.), *The Oxford Guide to the Romance Languages*, Oxford, Oxford University Press, 2016, 833–846.
- Porroche Ballesteros, Margarita, *Sobre la manifestación del significado expresivo en español*, in: Serrano, David/Porroche, Margarita/Martín Zorraquino, María Antonia (edd.), *Aspectos de la subjetividad en el lenguaje*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2015, 187–205.
- Postal, Paul Martin, *Skeptical Linguistic Essays*, Oxford, Oxford University Press, 2004.
- Pott, August Friedrich, *Etymologische Forschungen auf dem Gebiete der IndoGermanischen Sprachen*, vol. 1, Lemgo/Detmold, Meyer, 1859.
- RAE 2009 = Real Academia Española, *Nueva gramática de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe, 2009.
- Rueda Rueda, Mercedes, *Los términos negativos en español: aproximación diacrónica*, León, Universidad de León, 1997.
- San Julián Solana, Javier, *El sustantivo cuantificador en la lingüística hispánica: revisión crítica y nueva propuesta*, *Círculo de lingüística aplicada a la comunicación* 38 (2016), 380–435 (= 2016a).
- San Julián Solana, Javier, *La expresión sustantiva de la cuantificación en español*, Tesis doctoral, Universidad de Oviedo, 2016 (= 2016b).

- San Segundo Cachero, Rosabel, *Cuando lo mínimo es máximo. Los minimizadores escalares y la polaridad negativa*, *Revista de Filología Asturiana* 17 (2017), 9–35.
- Sánchez López, Cristina, *Los cuantificadores: clases de cuantificadores y estructuras cuantificativas*, in: Bosque, Ignacio/Demonte, Violeta (edd.), *Gramática descriptiva de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1999, 1025–1128 (= 1999a).
- Sánchez López, Cristina, *La negación*, in: Bosque, Ignacio/Demonte, Violeta (edd.), *Gramática descriptiva de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1999, 2561–2634 (= 1999b).
- Schwegler, Armin, *Analyticity and Syntheticity. A Diachronic Perspective with Special Reference to Romance Languages*, Berlin, Mouton de Gruyter, 1990.
- Schwenter, Scott A., *Fine-tuning Jespersen's Cycle*, in: Birner, Betty J./Ward, Gregory (edd.), *Drawing of Boundaries of Meaning. Neo-Gricean Studies in Pragmatics and Semantics in Honor of Laurence R. Horn*, Amsterdam, Benjamins, 2006, 327–344.
- Traugott, Elisabeth Closs, *From propositional to textual and expressive meanings. Some semantic-pragmatic aspects of grammaticalization*, in: Lehmann, Winfried P./Malkiel, Yakov (edd.), *Perspectives on historical linguistics*, Amsterdam, Benjamins, 1982, 245–271.
- Traugott, Elisabeth Closs, *On the rise of epistemic meanings in English. An example of subjectification in semantic change*, *Language* 65:1 (1989), 31–55.
- Traugott, Elisabeth Closs, *Subjectification in grammaticalization*, in: Stein, Dieter/Wright, Susan (edd.), *Subjectivity and Subjectivisation. Linguistic perspectives*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, 31–54.
- Traugott, Elisabeth Closs, *Constructions in grammaticalization*, in: Joseph, Brian/Janda, Richard D. (edd.), *The Handbook of Historical Linguistics*, Oxford, Blackwell, 2003, 624–647.
- Traugott, Elisabeth Closs, *Identifying micro-changes in a particular linguistic change-type: the case of subjectification*, in: Kytö, Merja/Pahta, Päivi (edd.), *The Cambridge Handbook of English Historical Linguistics*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016, 376–389.
- Traugott, Elisabeth Closs/Dasher, Richard B., *Regularity in Semantic Change*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.
- Traugott, Elisabeth Closs/König, Ekkehard, *The semantics-pragmatics of grammaticalization revisited*, in: Traugott, Elisabeth Closs/Heine, Bernd (edd.), *Approaches to Grammaticalization*, vol. 1, Amsterdam, Benjamins, 1991, 189–218.
- Van der Auwera, Johan, *The Jespersen cycles*, in: Van Gelderen, Elly (ed.), *Cyclical Change*, Amsterdam, Benjamins, 2009, 35–71.
- Van der Auwera, Johan, *On the diachrony of negation*, in: Horn, Laurence R. (ed.), *The Expression of Negation*, Berlin, De Gruyter, 2010, 73–109.
- Verveckken, Katrien, *Binominal Quantifiers in Spanish. Conceptually-Driven Analogy in Diachrony and Synchrony*, Berlin, De Gruyter, 2015.
- Vos, Hinderika Margaretha, *A Grammar of Partitive Constructions*, Tesis doctoral, Universidad de Tilburg, 1999.
- Willis, David/Breitbarth, Anne/Lucas, Christopher, *Comparing diachronies of negation*, in: Willis, David/Breitbarth, Anne/Lucas, Christopher (edd.), *The History of Negation in the Language of Europe and the Mediterranean*, vol. 1: *Case Studies*, Oxford, Oxford University Press, 2013, 1–50.
- Zeijlstra, Hedde, *Diachronic developments in the domain of negation*, *Language and Linguistic Compass* 10:6 (2016), 284–295.